

CUADERNOS DE  
**RENATA**  
Antología 2006-2007



CUADERNOS DE  
**RENATA**  
Antología 2006-2007



Libertad y Orden

**Ministerio de Cultura**  
República de Colombia



**ICONO** •

©2008, Ricardo A. Arias P., Hugo Fernando Bahamón Gómez, Fernando Bedoya Londoño, Anni Chapman, Concepción González Holguín, Victoria Hurtado, Sandra Leal L., Katherine León Zuluaga, Katty León Zuluaga, Mónica Alexandra Llano Núñez, W. Germán López Velandia, Adriana Judith Mora Pacheco, Luis Fernando Ocampo Gómez, Emmanuel Pichón Mora, Eduardo Posada Hurtado, Mauricio Romero, Gloria Ismenia Suárez Navarrete, Raúl Tomás Torres Marín, Andrés Vásquez, Giovanna Vinasco Cabrera.  
©2008, Ministerio de Cultura, Icono Editorial Ltda.

**ICONO** •

Calle 73 No. 0-05 Este (302)  
Teléfono: (57-1) 321 0708  
Bogotá, D.C., Colombia  
[www.iconoeditorial.com](http://www.iconoeditorial.com)

**Director:**

Gustavo Mauricio García Arenas  
[gmgarcia@iconoeditorial.com](mailto:gmgarcia@iconoeditorial.com)

**Diseño:**

Nancy Cruz

ISBN: 978-958-97842-7-3  
Impreso en Colombia  
*Printed in Colombia*

Todos los derechos reservados.  
Prohibida la reproducción total o parcial  
de esta publicación, mediante cualquier sistema,  
sin previa autorización escrita de la editorial.

# Contenido

<b>Prólogo</b> .....	9
RICARDO A. ARIAS P. <b>Las tardes</b> .....	13
HUGO FERNANDO BAHAMÓN GÓMEZ <b>Tres veces peligro</b> .....	19
FERNANDO BEDOYA LONDOÑO <b>La otra treta</b> .....	25
ANNI CHAPMAN <b>Para romper el hielo</b> .....	27
CONCEPCIÓN GONZÁLEZ HOLGUÍN <b>Sin emoción</b> .....	33
VICTORIA HURTADO <b>Mordiendo una mariposa</b> .....	35
SANDRA LEAL L. <b>Delirio atávico</b> .....	41
KATHERINE LEÓN ZULUAGA <b>El único lustrabotas que almorzaba en La Fogata</b> .....	47

KATTY LEÓN ZULUAGA	
<b>Al ritmo del <i>pump</i></b> .....	51
MÓNICA ALEXANDRA LLANO NÚÑEZ	
<b>La escalera</b> .....	57
W. GERMÁN LÓPEZ VELANDIA	
<b>Etimasía</b> .....	63
ADRIANA JUDITH MORA PACHECO	
<b>Bajo la sombra</b> .....	67
LUIS FERNANDO OCAMPO GÓMEZ	
<b>Cantalicía</b> .....	69
EMMANUEL PICHÓN MORA	
<b>Exiliado en tierra</b> .....	73
EDUARDO POSADA HURTADO	
<b>Los santos restos</b> .....	79
MAURICIO ROMERO	
<b>Felicidad en Baltimore</b> .....	81
GLORIA ISMENIA SUÁREZ NAVARRETE	
<b>Solidaridad urbana de antaño</b> .....	91
RAÚL TOMÁS TORRES MARÍN	
<b>El de la 305</b> .....	95
ANDRÉS VÁSQUEZ	
<b>De edificios y otras desgracias</b> .....	III
GIOVANNA VINASCO CABRERA	
<b>Con canción incluida</b> .....	II5

# Prólogo

Esta antología con obra de los nuevos escritores que participan en los talleres literarios de RENATA comenzó a gestarse desde hace más de un año. Todos los directores de los talleres que forman la red de escritura creativa convocaron a los participantes, que colgaron sus cuentos y crónicas en la página web de RENATA. Llegaron en total 117 relatos de Aracataca, Armenia, Barranquilla, Bogotá, Bucaramanga, Cali, Cereté, Florencia, Ibagué, Neiva, Providencia y Valledupar. También llegaron dos antologías impresas, de Medellín y Riohacha, para que se evaluaran sus cuentos.

Los criterios de selección se basaron en la calidad de los relatos participantes. La antología se preparó sin conocer los nombres de sus autores ni su trayectoria. Desde un principio, en el equipo de coordinación de la Dirección de Artes del Ministerio de Cultura y en el programa RENATA, se tenía en mente la publicación de un libro que mostrara los mejores relatos que se produjeron en los talleres que formaron parte de la red durante el ciclo 2006-2007. La primera selección que hice incluía veintiséis cuentos, pero finalmente sólo quedaron veinte porque, al no conocer la identidad de los autores, elegí varios cuentos de unos mismos escritores, algo que las condiciones previas impedían. De modo que ellos mismos tuvieron que escoger con cuál participar.

Después comenzamos un trabajo de edición de las historias en el cual los autores, los directores de taller y el coordina-

dor nacional de RENATA, Roberto Rubiano, participaron para enriquecer las historias que presentamos en este libro.

Para mí, el trabajo de selección fue muy especial porque me sorprendió la calidad de las historias que leí y su diversidad. En estos tiempos en que la literatura colombiana se encuentra a la vanguardia de la literatura en lengua castellana por la calidad, cantidad y variedad de autores que están escribiendo y publicando, RENATA puede garantizar que muy pronto nuevas voces se podrán integrar al universo de nuestra literatura, incluyendo escritores de regiones que hasta ahora no hacían parte de la geografía literaria del país, y que esa fuerza narrativa que atrae a los lectores de Hispanoamérica podrá perdurar por muchos años más. Me gustaría resaltar también que entre los veinte autores seleccionados hay nueve mujeres, lo cual permite afirmar que dentro de muy poco en Colombia podremos ver un equilibrio en la participación femenina en la literatura.

Esta antología incluye cuentos, minicuentos y crónicas que muestran una diversidad temática y de intereses de los autores que sería imposible de clasificar en alguna tendencia y que confirma la exuberancia narrativa que vive Colombia en este siglo. Y aunque muchos de los relatos dan cuenta de la violencia en la que el país sigue sumergido, sus ojos se posan en las personas que lo sufren y dan testimonio de cómo los colombianos sobreviven a este mal que nos acosa. Otros son más juguetones y divertidos, y algunos más hablan de amor.

Creo que el proyecto de RENATA comenzará a mostrar a los lectores una nueva generación de autores que han encontrado en los talleres un espacio para interactuar con los escritores que apoyan el proyecto y con los directores de taller que los dirigen, lo que les permitirá crecer literariamente. A través



## Prólogo

de su trabajo diario y la meta que tiene RENATA de divulgar su obra, podrán alcanzar una proyección nacional que de otra forma sería casi imposible de conseguir.

Sólo me resta anunciar a los lectores que en esta antología encontrarán los nombres de autores que los sorprenderán con sus nuevas obras y que disfrutarán la lectura de este libro tanto como todos los que hemos participado en su elaboración.

*Patricia Miranda*





RICARDO A. ARIAS P.  
(RENATA Ibagué)

Nació en Ibagué, en 1977. Profesional en ciencias sociales de la Universidad del Tolima. Este cuento es su primera incursión en el género. Es participante del taller RENATA dirigido por César Pérez Pinzón y del taller literario de la Universidad del Tolima a cargo de Hugo Ruiz Rojas.

# Las tardes

*A mi abuelo*

Ayer vino don Deogracias a decir que sí. Que en la granja Palogordo me aceptaban en el servicio de la casa. Y gracias a Dios que así fue. De lo contrario, hubiera tenido que seguir acostándome con el viejo Esteban hasta quién sabe cuándo.

Porque algunas tardes, luego de terminar las labores de casa, me llama a su pieza y muchas veces con insistencia le repito:

—Hoy no puedo, papá amaneció muy enfermo y ya debe estar esperándome.

Pero él me dice con voz que quiere ser tierna:

—Recuerde, mamita, que su papá con setenta años, casi postrado en la cama, qué puede hacer y yo quiero relajarme, entienda también.

Entonces, me invade el miedo de perder el trabajo. Viene a mi cabeza la imagen de papá, que después de morir mamá nada le ha salido bien y ahora la enfermedad no lo deja pasar el umbral de la casa.

A veces repaso mis últimos años y digo que por fortuna papá no sabe nada del olor que traigo en el cuerpo al llegar a casa en esas tardes. Por eso lo saludo desde la puerta con la mano —papá entonces asiente con la cabeza—, doy vuelta a la derecha y me baño despacio para borrar sus caricias, la imagen del cuerpo desnudo y la voz quedita diciendo mi nombre. Otras ocasiones me da por pensar que papá sabe todo lo que sucede después del trabajo en la hacienda. Pero su silencio no es cóm-

plice sino que delata el dolor y la soledad de la que se siente culpable. Y la verdad, yo comprendo que ha sido el destino el que nos ha dejado así; él fue siempre muy trabajador y honrado.

Para ir a trabajar me levanto a las cinco en punto. Los primeros días papá venía a llamarme:

—Mija, son las cinco —me decía con voz suave y acompañada de dos golpes en la puerta—, levántese que le coge la tarde.

El paso de los años viene de la mano con la costumbre. Voy directo a bañarme, prendo el fogón, hago el café y luego desayunamos sin mediar mucha palabra.

El camino que va a la hacienda de don Esteban a esa hora está apenas marcado por la grama y la primera claridad del día. La brisa se desliza acariciando mi vestido; el croar de las ranas y el canto de los gallos que llenan mis oídos, me recuerdan que es temprano. A media mañana recibo y organizo las cantinas de leche en la entrada de la cocina. Entonces me quedo pensando en cuál de esas cantinas estará la leche de La Estrella. El patrón, después de la primera tarde, dijo que era mía. Yo no le creo. Esos pensamientos duran muy poco porque el trabajo se acumula. Organizo el almuerzo, ocho platos; otros días, cuando es temporada de marca de ganado, sirvo hasta veinte. En esas ocasiones matan una novilla que aguanta para la semana. A esa hora el calor del día mezclado con el humo del fogón vuelve insoportable la cocina.

La casa está en una pequeña colina acompañada de un viejo samán que la defiende del sol de la tarde. Recuerdo mi infancia cuando jugábamos con Delia, la menor de las dos hijas del patrón, alrededor del árbol gigantesco donde podíamos es-

condernos. Ahora es tan diferente, cada una eligió un camino, o bueno, a mí me tocó quedarme aquí en la cocina y al servicio de su casa, mientras ella va a la universidad y trae un novio diferente cada vez que viene de vacaciones.

Después del almuerzo le robo unos minutos a la monotonía del oficio y voy a dar una vuelta por la ribera de la quebrada. Mientras, don Esteban hace la siesta porque siempre me dice, al recoger los platos del almuerzo, que necesita reposo.

La casa queda en un silencio interrumpido por los mugidos de las vacas, el relinchar de las bestias y el canto de los pájaros. A la una y media, de nuevo la rutina: lavar los platos del almuerzo, la ropa de don Esteban y dejar organizada la casa, que es una brega mantener limpia porque entra uno que trae una razón para don Esteban, luego otro y otro más a dejar las monturas de los caballos.

Cuando viene la hermana del patrón, una mujer entrada en años que vive con el hijo de su último marido, me entretiene con las calamidades de sus hijas y hace que el tiempo pase ligero. Son cinco, todas descocadas. Algo supe de esa historia por cuenta de mamá, que en paz descansa. Pero, de cierto modo, me da un poco de rabia recordarla porque me dejó sola tan niña.

El día termina con paso lento. Entonces el patrón, como anticipación de un ritual, minutos antes de las cinco, me llama a su pieza adornada con recuerdos de su esposa: perfumes encima del armario, ropa intacta a pesar del tiempo, la caja de la bailarina y, en el nochero, fotografías de familiares queridos. Colgada frente a la cama hay una vieja foto del matrimonio que miro con detenimiento al entrar y al salir, no puedo dejar de lado la extraña sensación que me traen los ojos penetrantes, la cara alegre de la mujer joven junto al cuerpo robusto de aquel

tiempo, que veo con envidia. Luego, don Esteban, con una mirada parca y un gesto que busca restarle importancia a la fotografía, me invita a sentarme en la cama. Los minutos allí con el hombre desnudo, desgastado por los años y el licor, pasan con lentitud. Qué más hago, la vida va de esa manera y es mejor resignarme; tal vez más adelante pueda llegar a ser alguien. Al terminar, salgo de la habitación para ir de vuelta a casa y recojo el portacomidas con la cena de papá. En el llano, la brisa cálida me da aliento. Pienso que son pocos los días que me quedan en la hacienda. El paso tranquilo de las garzas en dirección a sus nidos me trae bellos recuerdos de infancia. A esta hora papá debe estar tendido en la hamaca, mirando los colores del cielo, dispuesto a hablar del pasado, de mamá y del atardecer que se acerca a toda prisa.









HUGO FERNANDO BAHAMÓN GÓMEZ  
(RENATA Ibagué)

Nació en Ibagué, en 1972. Tecnólogo en sistemas. Premios literarios: primer (2003), segundo (2005) y tercer (2006) puesto en el Concurso Departamental de Minicuento Colegio Champagnat de Ibagué; segundo puesto en el Concurso Nacional de Crónica Germán Santamaría (2007); jurado en la modalidad de cuento en el I Concurso Universitario Departamental de Literatura ESAP (2004).

# Tres veces peligro

*A César Pérez Pinzón, en su memoria*

En una mecedora de mimbre ubicada en la puerta frontal de su casa solía pasarse toda la tarde hasta la llegada de la noche, en silencio, con la mirada vaga, perdida entre la infinidad de partículas de polvo que se conjugaban con los últimos rayos solares, esperando su momento, anhelando aquel instante que, intuía, llegaría para poder salvaguardar un poco el honor que le habían arrebatado de tajo con gran parte de su integridad física.

Desde que salió del hospital no volvió a entablar diálogos. Sólo respondía con monosílabos a las preguntas que sus padres o allegados le hacíamos en procura de su bienestar. Su madre, hecha un mar de lágrimas, se desvivía en atenderlo, aumentando el dolor y la pena que su rostro ya no pronunciaba. Su padre lo trataba con dignidad y con respeto pero sabía que Rolando adivinaba su lástima.

Yo lo visitaba todos los días al comienzo y lo acompañaba hasta que sus padres lo entraban a la casa al comenzar la noche. Nunca le gustó usar la silla de ruedas, que le resultaba fatigosa y humillante —según nos dio a entender— salvo cuando debía ir al médico o a una de las pocas terapias a las que asistió. Creo que mi presencia le era ajena o a lo menos inoportuna. Yo me esforzaba por contarle un chiste nuevo, alguna anécdota jocosa, un testimonio milagroso. Otras veces le leía apuntes de cualquier libro de autosuperación que conseguía pensando en él y en su tristeza, pero Rolando ni sonreía.

—Aún estás vivo...

—Sí.

—Eso ya es mucho...

—Ja.

Después entrábamos en un mutismo compartido que en los primeros días me parecía incómodo, pero luego se transmutó en necesario. Nunca intenté hacer alusión a los hechos que lo llevaron a esa inmovilidad permanente para no acrecentar su desdicha, que de alguna forma también era mía. Una de esas tardes noté un bulto raro bajo la cobija, sobre su pierna derecha, como un alargamiento de su mano; me acerqué y lo palpé. Rolando no lo impidió.

—¿Los piensas matar?

—Sí.

—Pero ésos no son tan imbéciles como para regresar. Ya ves, desde que salieron de la cárcel no se atreven ni a pasar...

—Vendrán.

—¿Cómo estás tan seguro?

—Lo sé.

—¿Tu padre sospecha lo que planeas hacer?

—Sí.

—¿No has pensado en el nuevo dolor que nos causarás? ¿En tu madre?

—Sí.

—¿Y después qué piensas hacer?

—Adivina.

Dio media vuelta, me guiñó un ojo y yo sentí la convicción que había en sus palabras. La fuerza de su deseo. Para rematar me recordó:

—También por tu chaqueta...

Como casi todos en el barrio, también fui víctima de ellos. Pero sólo de uno. Siempre he sido un cobarde y por eso camino entero. Fue una noche, dos años atrás. Me dirigía a un instituto de educación para adultos cargado de libros bajo el brazo, cuando Dumar, el menor de los Danger, me abordó escondiendo su mirada tras una gorra de beisbolista.

—Quiubo, parece...

—Qué más, hombre, cómo le va...

—A mí, bien... Oiga, ¿padónde lo llevan a estas horas?

—No. Por allí no más, a hacer una diligencia.

—Ah ya... Venga le digo, ¿usted sabe dónde vivo yo?

Allá, por el caño... —señaló con su mano.

—Sí. Yo sé dónde viven ustedes...

—O sea que somos vecinos, ¿sí o no, parece?

—Sí. Somos vecinos.

—Venga, y esa chaqueta tan bonita... ¿es suya?

—No —respondí presintiendo lo que se venía.

—Ah ya... pero venga, bacán, ¿me la va a prestar? Lo que pasa es que tengo una fiesta esta noche... ¿sí me entiende? Y con esa chaqueta pegaría duro. Fresco que yo se la cuidó.

—Sí, yo lo entiendo. Lo que pasa es que no se la puedo prestar porque, ya le dije, no es mía.

—Uyy... ¿usted me tiene desconfianza? ¿Luego ya no sabe dónde vivo? Vea, parece, no me haga emberracar porque lo chuzo... ¿Entonces qué? ¿Me la va a prestar?

No le respondí nada pero enseguida le entregué la chaqueta que, por supuesto, jamás volví a ver. Y ahora Rolando me recordaba aquel vergonzoso hecho que siempre traté de excluir de nuestras conversaciones. De mi memoria.

Los días siguieron escurriéndose con esta nueva monotonía y mis visitas a casa de Rolando se fueron espaciando cada vez más. Pasé de las visitas diarias a tan sólo unas cuantas horas a la semana, generalmente los sábados, en las cuales me enteraba de que no había ninguna novedad respecto a su salud o a su estado de ánimo. La verdad, a Rolando ya no le importaba si lo visitaba o no porque para entonces ya debía suponer que las lesiones en su columna vertebral causadas por los golpes propinados por los Danger impedirían que volviera a moverse sobre sus piernas. Confieso que fue ésta la razón por la cual no volví a visitarlo con asiduidad. Temía que descubriera mi pesar y mi dolor por él.

El sábado de mi última visita las cosas no estaban diferentes. Los padres de Rolando habían salido y él se encontraba como de costumbre sobre su mecedora, rumiando su desgracia, y yo a su lado, compartiéndola en silencio. Pero de repente apareció entre nosotros Amílkar, el mayor de los hermanos Danger, con los ojos vidriosos por el efecto del alcohol o de algún alucinógeno, riéndose de su propia osadía e insultando a Rolando.

—Quiubo, pirobo. Ahora sí me lo voy a llevar por hacernos encanar, ¿sí pillá? Y si su mozo se mete, también lo quiebro.

Rolando lo miró sin extrañarse, con una mirada sombría, mezcla de un odio profundo y una gran satisfacción. Sin decirle nada extrajo el arma de fuego de entre sus piernas con una tranquilidad pasmosa y le apuntó a la cabeza, como un acto que ha sido ensayado muchas veces y por lo mismo no puede fallarse. Yo no pude o no quise hacer nada. Me limité a observar la escena impasible.

Amílkar dio uno o dos pasos atrás mientras sacaba un cuchillo de la manga de su camisa. No alcanzó a abalanzarse so-

bre nosotros porque Rolando le disparó sin demora. Su cuerpo cayó a nuestro lado con un ruido seco y Rolando permaneció inmutable. Un minuto después Dumar y Albeiro llegaban gritando como locos.

—Uyyy... esta garrapata mató a mi hermano —chillaba Dumar para darse valor—, parece, ¡lo mató!

—Métasela, parece, métasela... —lo exhortaba Albeiro acercándole una navaja.

Apresado por el horror, sólo escuché las otras detonaciones con los ojos cerrados y sentí cuando los cuerpos se desplomaron bruscos, inermes, sobre el andén. Tardé un poco en reaccionar, pero cuando logré hacerlo, mareado por la sangre y confundido por la algarabía de los vecinos que empezaban a congregarse, pude ver con asombro cuando Rolando, después del último disparo, se levantó con lentitud de su mecedora y con pasos dudosos caminó hacia la calle, alejándose para siempre de su vida, de sus padres, de mí, de nosotros, de todo, para disolverse enseguida con los últimos rayos solares y con la infinidad de partículas de polvo que se levantaban diariamente al caer la tarde.





FERNANDO BEDOYA LONDOÑO  
(RENATA Florencia)

Nació en Ibagué, en 1950. Licenciado en lingüística y literatura de la Universidad de la Amazonia (1995); docente de lengua castellana y literatura de la Institución Educativa San Francisco de Asís de Florencia desde 1996.

## La otra treta

Al llegar a la recta se observaron. Los separaban dos cuerdas de distancia y caminaron lentamente como para ganar tiempo y pensar en algo.

Se dirigían a sus casas y, por lo avanzado de la noche, no podían devolverse; seguramente el sitio de donde procedían ya estaría cerrado. Los latidos de sus corazones, al igual que sus pisadas, resonaban en el silencio de la calle de la que eran habitantes únicos.

Sus miradas se encontraron mientras sus cuerpos se aproximaban inexorablemente. La treta estaba pensada y actuaron simultáneamente: el uno introdujo sus manos bajo la falda de la camisa; el otro las escondió en la espalda. En ese momento los separaban unos cuantos metros de su encuentro definitivo.

Ya en este lugar se saludaron con cierta frialdad y desconfianza, sin apretón de manos por razones obvias, y se fueron distanciando, mirándose mutuamente por encima del hombro, con la misma lentitud del acercamiento.

Cuando alcanzaron el final de la recta sacaron sus manos y respiraron con tranquilidad.







ANNI CHAPMAN  
(RENATA Providencia)

Nació en Nueva Zelanda, terminó sus estudios en Inglaterra y, como buena *kiwi*, pasó varios años viajando y conociendo otras culturas y países. Hace 28 años vive en el archipiélago y actualmente reside en la isla de Providencia, donde pasa su tiempo haciendo traducciones, terapias de sanación y disfrutando la belleza de la isla con sus seis gatos y dos perros. Ha trabajado en radio y televisión por muchos años y escribe para algunas publicaciones de turismo.

## Para romper el hielo

Todo estaba listo. Sobre la enorme mesa de trabajo, frente a cada puesto, había algunas piedras preciosas, oro de diferentes calidades, plata, platino y algunas herramientas.

Las asistentes —un grupo de seis mujeres de diferentes edades ocupaban los puestos— eran las únicas presentes en el taller de una prestigiosa joyería de la ciudad. Ellas eran estudiantes de diseño de joyas. Las ya experimentadas habían traído consigo algunas piezas elaboradas por ellas, bastante finas y con piedras hermosas, que estaban sobre la mesa junto a sus cajitas y platicos.

Todas estaban nerviosas. Hoy era un día muy especial ya que esperaban a un joyero argentino, muy conocido por sus innovaciones en fundir metales preciosos y la elaboración de joyas, que les iba a dar un taller sobre ese tema. Era para ellas un honor poder asistir puesto que el joyero nunca daba clases a grupos de menos de veinte personas. Estaban todas a la expectativa; nunca lo habían visto pero habían leído mucho sobre él y sus renombrados trabajos.

De repente la puerta del taller se abrió y entró, como una ráfaga de viento, un hombre de estatura mediana con la cara algo rojiza y la nariz aún más, y con ojos grandes de color azul fuerte parcialmente ocultos por unas cejas espesas con canas. Sus cabellos lacios cubrían sus orejas y tenían evidencia de haber sido de un negro azabache, pero ya eran casi blancos en su mayoría.

Con un enérgico «buenas tardes, señoras», se despojó de su voluminoso abrigo, depositó su maletín de cuero negro, algo gastado y rayado, encima de la mesa con un golpe resonante y recorrió con una mirada penetrante a cada una de las asustadas talleristas, que parecían petrificadas en sus asientos.

Sin pronunciar palabra sacó de su maletín una pequeña botella de whisky y unas copitas de cartón, las cuales alineó encima de la mesa y procedió a llenarlas con el líquido dorado. Ante ese acto tan inesperado, las mujeres se quedaron pasmadas y siguieron con sus miradas los movimientos de la botella como hipnotizadas. Al verlas tan desconcertadas, el hombre se rió.

—No se preocupen, señoras, yo siempre comienzo mis talleres así. No hay nada como un traguito para romper el hielo, ¿no creen? Tomen —y fue entregando a cada una su copita de cartón llena de whisky—. Salud —brindó escuetamente.

Ellas se miraron entre sí como para tomar valor conjunto. Al fin y al cabo un traguito no les haría daño. No era nada común comenzar un taller así, pero todas sabían que los genios eran algo excéntricos. Con seguridad él era uno de éstos y, como estaban muy nerviosas, un traguito ayudaría a romper el hielo y relajarlas. Como si hubiera pasado una señal entre ellas, levantaron sus copitas y, con unas risitas nerviosas, bebieron el contenido de un solo trago. Casi al instante comenzaron a sentir el efecto del alcohol. Una sensación agradable y placentera fue invadiendo sus cuerpos y, mientras el hombre les hablaba, se fueron relajando más y más.

Diego Alfaro estaba molesto. Algo que él no perdonaba en los seres humanos era la tardanza; era un fanático de la puntualidad. Y ahora él era el culpable de la falla que tanto criticaba en los demás. Claro, la culpa no había sido suya. El taxi en que

viajaba paró de repente y se negó a moverse un centímetro más. Por lo visto, el daño era mayor que la capacidad mecánica del chofer y el iracundo pasajero ahora se encontraba parado en la calle tratando de conseguir transporte, cosa que no sucedió hasta treinta minutos después. «Menos mal que no son sino seis mujeres y no un grupo grande», pensaba tratando de calmar la ira que sentía. «Llegar tarde a un taller con muchos asistentes sería pésimo para mi imagen, pero tal vez con seis mi tardanza no llegaría a demasiados oídos».

El taller que iba a dar comenzaba a las dos de la tarde, ya eran las dos y veinticinco y nada que aparecía un maldito taxi. El hombre refunfuñaba mientras barría la calle con la vista en busca del elusivo transporte y al mismo tiempo maldecía a los taxistas, los autos, los motores y la industria automotriz en general. Por fin apareció un taxi vacío y el desesperado joyero se montó escupiendo una dirección al chofer con la orden: «¡Pero volando!».

«Esas mujeres deben estar furiosas y refiriéndome toda clase de insultos, o tal vez ya se han ido», se decía a sí mismo ya parado frente al taller de la joyería mientras el taxista le devolvía su cambio.

Antes de abrir la puerta del recinto se detuvo un instante para tomar una respiración profunda. Ya preparado para enfrentar un ambiente hostil, se dijo: «Ahí vamos» y entró.

Cuál sería su sorpresa ya que en vez de encontrarse con miradas reprobantes y molestas, se topó con seis mujeres con sus cabezas recostadas sobre una mesa enorme y completamente vacía durmiendo plácidamente.

—Pero, ¿qué es esto? Tampoco llego tan tarde —y aclarando la garganta dijo—: ¿Señoras?

No se movió ninguna. Con más fuerza dijo:  
—Buenas tardes, señoras.

Aún seguían profundas. Tomó una por el hombro y la sacudió con firmeza. Ésta abrió los ojos y con bastante dificultad logró enderezarse en el asiento. El desconcertado joyero despertó a las demás de igual manera y, como en cámara lenta, ellas se miraron unas a otras y a la mesa vacía con consternación y asombro. Al principio no entendían nada, pero poco a poco se fueron dando cuenta de que habían sido víctimas de un robo.







CONCEPCIÓN GONZÁLEZ HOLGUÍN  
(RENATA Cali)

Producto nacional elaborado en Buga, Valle, en 1954, sin fecha de vencimiento prevista. Sometida a proceso de refinación en la Universidad del Valle, Facultad de Educación, Departamento de Lenguas Modernas, donde adquiere la certificación de «calidad» necesaria para asumir la vida con terquedad: MAESTRA. Se lanza al mercado (laboral) en 1977, pero sólo en 1989 descubre su poca efectividad, su limitación frente a ese mal endémico llamado educación. Enfrentada a los niños del sector rural, aprende que allí sus efectos son inútiles. Se inicia, entonces, una nueva etapa de preparación: maestría en educación especial con énfasis en problemas de aprendizaje. Aprende que todo en educación debe ser especial, que se necesitan personas especiales para formar seres especiales y construir con ellos ese mundo que todos queremos.

## Sin emoción

¡Al fin! Sólo hasta ese momento entendí su verdadero sentido. No en vano la había visto desfilarse ante mí tantas veces. En un comienzo me pareció que era la más hermosa, que era capaz de llegar hasta el fondo de mí y volver realidad todo lo que soñaba. Comencé a dibujarla en el papel. Uno a uno fui trazando cada rasgo suyo. Con intermitencia repetía su figura poniendo atención a cada detalle. Los movimientos de mi mano marcaban el ritmo sensual de ese sentimiento que ella escondía dentro de su ser. Al principio, con lentitud. Luego, con ansiedad. A medida que iba pasando el tiempo, con rabia.

Después de repasar tantas veces su figura, comenzó a apoderarse de mí esa sensación de hastío, de no querer saber nada más de su presencia. Había llegado al límite del agotamiento. Finalmente decidí que era mejor acabarla de una vez por todas. Terminé odiándola, a ella y a quien de alguna manera me había obligado a su presencia: mi profesora. Sí, como un castigo a mi descuido, debí escribir cien veces la palabra «emoción».

Ahora, jamás olvidaré que la emoción tiene el sabor amargo de no escribirse con «s».







VICTORIA HURTADO  
(RENATA Medellín)

Nació en Valparaíso (Antioquia) en 1957. Es economista agrícola de la Universidad Nacional.

## Mordiendo una mariposa

Mis ojos como dos piedras frotadas, el cuerpo desarticulado, lento. Miro la mañana pintada con rayas transparentes, inclinadas sobre un fondo de sombras y siento frío. Recorro una distancia conocida y extraña a la vez. Me encuentro en esta oficina blanca.

Abro la agenda... somos seres de símbolos, de fechas, de rituales; siempre hay ausencias presentes, me digo. Sin embargo, reclino la cabeza, cierro los ojos, dejo mis manos sobre el papel. Aquel amigo parece respirar de nuevo en mi memoria, en ese lugar legendario donde la muerte dejó de ser una palabra.

Camino por la plantación de palma africana, me avisan que él llegó. Un trayecto misterioso y sombrío, semejante al momento histórico que atravesamos donde el plan de recuperación de tierras marcha, y sus pisadas devuelven odios milenarios, juicios sin defensa.

Mario. Todo superior como su mirada y su estatura, la piel blanca, una cara de trazos definidos un poco bruscos para esa raza, unos lentes permanentes con los que aprendió a jugar con las distancias y con los ojos escondidos de los otros, su cabeza inclinada dobla un poco su espalda, sus manos son enormes y hablan y a veces las he visto volar.

Esta tarde está pesada y densa, me faltan sólo unos pasos para abandonar el calor húmedo e intenso y respirar un aire frío artificial que me descompone. Verlo despedirse, decir que no le haremos falta, que vino sólo por los regalos y otras tonterías de las que me reiré sin ganas.

Quiero quedarme en la noche anterior para caminar en silencio y, sin embargo, sentir la certeza de que lo no dicho queda claro. Quedarme en Las Tardes contando una cosecha de mangostinos. Quedarme en las interminables y tediosas reuniones del sindicato. Quedarme en las discusiones, a las que Mario ponía fin, argumentando:

—Ustedes tienen un problema: son jóvenes.

Faltan pocos pasos pero todos me pesan. Ésta no es una despedida de Mario diciendo:

—Quiero irme para escuchar desde mi casa sus flautas dulces, poco hábiles, nada virtuosas, que consiguen hacerme decir: «Vale la pena que llegue la noche... aunque no salgan con nada. Es un adiós. Donde el espacio y el tiempo sólo podremos franquearlos con el pensamiento».

Esta edificación deteriorada, sin colores definidos, con algunos ladrillos a la vista y unas puertas y ventanas que se traigan el sol y lo transforman en frío, hoy tiene una forma inequívoca: soledad. Un círculo de rostros recortados por la tristeza, unos brazos que se descuelgan y otros que cierran los cuerpos, los que deciden reír estúpidamente y él en el centro abriendo sus regalos de despedida.

—Estaba esperando que llegaras para mirar el tuyo, suelo ser respetuoso.

Yo sonrío como mordiendo una mariposa, arqueo las cejas y descargo mi cansancio. La silla mecedora ocupa el centro, está en pedazos, quiero decir, sin armar. Me pregunta:

—¿Y la silla de mi mujer dónde está? Éstos son regalos difíciles de explicar. Usted de treinta años, con su cara sonreída; yo de sesenta, tan huraño...

Dejé en el aire la promesa de la silla compañera...

## Mordiendo una mariposa

Aquella tarde brillante, el sol ajeno y la violencia como todos los miedos, escondida. Interrumpen y una voz insegura anuncia:

—Esperan a Mario, que sólo quieren hablarle.

Mis ojos pequeños, como rayas que quisieran abrirse al unísono con mis palabras:

—No hay de qué hablar. Ya no. Te estás despidiendo, entregándome la plantación, yo iré.

Y sus ojos serenos: hay que arreglar esto de una vez. Yo voy.

No regresó. A partir de ese momento me aferré con vehemencia a la confianza en la inteligencia de mi amigo. Lo seguí por el monte e imaginé el juicio revolucionario. Siguiéron días de búsqueda y preguntas. Sin encuentros, sin respuestas, que punteaban de morado mis ojeras ya negras.

Mi casa está aislada del pueblo, de las luces, de la gente, y es de noche, unos golpes en la puerta, una cara oscura, una voz afilada, me bajan de ese lugar indefinido donde quedé suspendido cuando Mario desapareció, ese lugar donde el sueño no conoce de la prolongación necesaria para recuperarnos y la vigilia no sabe de quietud, desconoce hábitos, ese lugar de caos adonde nos lanza el dolor:

—Necesitamos que identifique un cuerpo. Además, tenemos una lista con nueve nombres, el suyo ocupa el segundo lugar.

Debo arreglar algo y marcharme. Es él. No, regresaré. No es él.

Por si algo organizo un maletín. Y la puerta, y mejor sin carro, y las luces encendidas o no. Me voy con ellos. La mujer de figura fiel que me acompaña, me mira y con su silencio me interroga. Acierto a decirle:

—Mire, bajo ningún motivo me deje esta casa sola, aunque yo no vuelva. ¡Ah! Arrégleme un maletín.

Los caminos crecen acorde a nuestra desesperanza y los ojos nos hacen estallar por dentro cuando le dan paso a la realidad. Tiemblo, es un espasmo en el alma; me acerco.

Mario... un cuerpo roto, descompuesto, enorme, tiene un golpe en la cara, unos agujeros negros laberínticos en su espalda, unas botas.

Y esta médica que sólo trabaja y habla sin compromiso, sin respeto:

—Lo encontraron en el mar, posiblemente cayó allí, del río Currulao. No nos permiten el ingreso al hospital, debemos hacerlo aquí.

Quisiera pedirle que no hable pero no puedo.

—Ese cuerpo flotó, no nos explicamos cómo.

Tengo una roca en la garganta, soy un temblor inmóvil. Arrodillado en el pavimento no veo la cara de ella, sólo su cuchillo y esa hachuela que rompe. Me dice:

—Me sostiene, por favor.

Ya tengo en mi mano parte o partes de su cuerpo. Está oscuro y hace frío por dentro. Un cementerio sin lápidas ni mausoleos, las escasas e improvisadas luces de dos carros que pelean con las sombras para que el destrozo resurja de ese cuerpo al ritmo sordo de elementos rudimentarios; es el escenario; sostengo sus órganos y miro mis manos con este racimo de realidad, de nada, de todo, de dolor, de carga purulenta suspendida ante mis ojos. Se fugó el tiempo... el sonido... el color.

Es la dimensión del vacío. Arrastrado, con la roca descendiendo por ese caos interno que es mi cuerpo y que se instala al fin en mi cara, siento con fastidio que aún respiro y sigo escuchando las órdenes médicas.

## Mordiendo una mariposa

En esta cabeza que es un hueco de ecos, resuena la voz de Mario diciendo: «Quiero dejar mi corazón aquí, pero éste, el físico». Sin claridad, empieza un juego: los ojos evaden las manos para no permitir la coordinación y, sin embargo, sin permisos, me incorporo, entro al cementerio y busco esa tierra seca como mi alma, doy algunos manotazos y una nueva oscuridad se abre y recibe sus órganos fríos. El resto sería un empaque de cal viajando en una avioneta... un empaque de cal.

Mis manos son tierra, los ojos miedo; con pasos confusos y un vaho ajeno y podrido que se va, pero permanece, alejo mi nada y mi cuerpo húmedo. La médica cierra la ausencia de vida, ya no me necesita. No hay incertidumbre ni esperanza. Y aunque abra mi boca no volará ninguna mariposa.

—Maneje usted, no se detenga, pase por encima de quien sea, de lo que sea. Apague las luces. Yo respondo. Debo recoger un maletín. Era él.

Cuántas noches muertas como aquélla. La humedad surca mi cara de piedra. Debo salir de esta oficina blanca.





SANDRA LEAL L.  
(RENATA Armenia)

Aprendiz de escritora nacida en Bogotá, tan sólo diez meses después de que el hombre pusiera un pie en la Luna. Ningún evento significativo enmarcó su nacimiento ni su destino, pero como periodista desarrolló su habilidad de escribir, y como docente de prensa escrita, su habilidad para aprender. Así se pasa las horas muertas escribiendo cuentos y novelas que sólo entusiastas jurados de algún concurso literario podrán leer, con la esperanza de algún día ser leída por todos. Dos veces finalista del premio de cuento corto Dunant Passy realizado en Argentina y del concurso de cuento corto de la ciudad de Bogotá convocado por la Asociación Cristiana de Jóvenes. Ha publicado dos libros de cuentos, uno titulado: *Cuentos vocales y Verezas*, y otro infantil: *La Isla de los Sueños*. Aspira a poder publicar muchos más y de muchas otras categorías. Actualmente reside en Armenia.

## Delirio atávico

El frío de la noche, la neblina y las opacas luces de la calle no ofrecían el mejor aliciente para un alma temerosa como la de Florencio Cárdenas. La calle solitaria que lo conducía a la portería del Yulima y las ventanas oscuras de sus vecinos del conjunto que alcanzaba a ver al fondo, sumadas al canto de las chicharras, no hacían más que empeorar la sensación de un nefasto presagio que lo perseguía desde la mañana.

Armenia en la noche no se diferencia de ninguna otra ciudad, aunque la verdad sea dicha tampoco se distinguiría de día de cualquier ciudad. Pero Florencio pensaba cómo el velo de la noche y el silencio de los que descansan sólo oponen resistencia a los que en ese momento, por las circunstancias que fueran, estaban en vela, y eso le molestaba porque eso indicaba que no era como los demás, que su vida, su horario, todo en él era diferente.

La oscuridad continuó en su trayecto hasta la portería. Allí don Rigoberto, el celador nocturno, envuelto en su bufanda azul y con los ojos cargados de sueño, le lanzó un ligero saludo al levantar los párpados y agitar la cabeza en su dirección.

—Que tenga buen turno, Rigo —le respondió y, agradecido por el descanso que le daba a su ánimo el haber llegado, le regaló un cigarrillo y encendió uno para él. Con el tabaco en los labios continuó hacia su apartamento en uno de los edificios del fondo.



Ese día había hecho dos apendicectomías y atendido cerca de una veintena de consultas. Quizás salvó muchas vidas, pero con cada paciente que atendió tuvo la sensación de que algo saldría mal. La última operación se complicó un poco y por eso la noche lo alcanzó. Pensó que salvar el inconveniente con la tensión del enfermo era la solución al sentimiento de ansiedad que lo había perseguido durante las horas anteriores pero, aun después de superado el problema, ese estremecimiento lleno de incertidumbre continuó anidado en su pecho.

En la soledad de su apartamento se desnudó y se vistió con la pijama, inútilmente esperó que el sueño llegara. No obstante el cansancio, la mullida cama y la aparente tranquilidad de la noche no pudo dormir.

Era impensable que un médico como él, dedicado a la ciencia y a la claridad que ofrece la lógica, se dejara vencer por algo tan atávico como un mal presagio. Con éste y otros pensamientos que no lo dejaban dormir prefirió levantarse a caminar por el escaso espacio que le ofrecía el apartamento, hasta que decidió recurrir a uno de los más viejos remedios del mundo para atraer el sueño: fue a la cocina y se calentó un vaso de leche endulzada con miel.

Por fin en su cama, en algún momento mientras daba vueltas en su mente al miedo sin forma que lo invadía, se vio a sí mismo caminando por la avenida Bolívar en dirección al Café Quindío. En una mesa, una mujer de cabello castaño que llevaba suelto en ligeras ondas que caían graciosamente sobre sus hombros, de una extrema delgadez que la hacía ver alta aun sin serlo, con un elegante y elocuente vestido de seda negra, lo esperaba con cara de disgusto. Nunca la había visto antes pero sabía que era a él a quien esperaba y que ese gesto enojado era porque llegaba tarde.

—Supongo que tendrá una buena explicación —dijo haciendo un mohín que sólo acentuaba la belleza y la gracia de su rostro.

—Lo siento, se complicó una apendicectomía de última hora —resumió así sus avatares para intentar una justificación y se acomodó en la silla frente a ella.

—Por supuesto, los doctores siempre tienen una excusa a la cual uno no puede responder sin sonar poco humano.

Trató de añadir algo, pero ella, con un ademán impaciente, lo calló. Luego aquella grácil mujer se irguió un poco sobre el asiento y se acercó a él.

—En fin, ¿trajo lo que le pedí?

—No sé. ¿Qué me pediste?

—¿Cómo? —exclamó visiblemente enojada, casi al borde de un ataque de cólera—. ¿Ni siquiera lo recuerda?

Asustado por tener una escena en medio del lugar, en la que los otros clientes del elegante café fueran testigos —incluyendo al alcalde y al director del hospital, quienes compartían bebidas tres mesas más allá—, y sin saber qué otra cosa hacer, hurgó en los bolsillos del pantalón, luego pasó su manos por debajo del buzo para buscar entre los bolsillos de la camisa con la increíble fortuna de que en la faltriquera de la izquierda un pequeño frasco se enredó entre sus dedos.

—Mira, es esto, ¿verdad?

Ella lo miró entre molesta y sonriente. Tomó el pequeño frasco y lo guardó discretamente en su diminuto monedero.

—Cómo es, le encanta verme rabiar. Bien, haré mi parte, espéreme acá.

Se levantó de la silla y con un andar ligero se fue en dirección a la barra. Florencio se quedó pensativo: de qué era aquel frasco que le había entregado. Parecía ser una droga líquida y

lo más preocupante era que tenía el sello del hospital. Si era de él, en qué momento lo había sacado y por qué, ¿por ella? Aunque era la primera vez que la veía, sentía conocerla de tiempo atrás.

No, él jamás se convertiría en un traficante de drogas. Sabía que muchos doctores cedían a la presión de sus amantes para surtirlas de drogas que las hicieran más felices, pero él jamás. De eso estaba seguro.

—De qué me preocupo —se tranquilizó—. Después de todo, esto no es más que un sueño.

Para estar seguro sorbió un poco del capuchino que le acababa de traer el mesero y se sorprendió de lo real que era su sabor, aún más, se sorprendió de sorprenderse al darse cuenta de que estaba amargo porque no le había echado azúcar. Rompió los sobrecitos y disolvió su contenido en la bebida.

—Listo, pronto todos sus problemas estarán resueltos —susurró ella en su oído mientras se sentaba—. Le aconsejo que borre mi número del celular. Chao —se levantó de repente de su asiento, le dio un beso en la mejilla mientras sentía que le introducía discretamente algo en el bolsillo, luego le susurró al oído coqueta—, sueña conmigo.

La vio salir del lugar en dirección a un Audi gris que después se alejó dejándolo a él con muchas preguntas, no sólo sobre ella sino sobre el frasco y lo que había pasado con la droga que contenía.

El estridente sonido del despertador lo alertó: eran las cinco de la mañana y debía levantarse. Aún con los recuerdos del sueño muy claros en su mente se metió a la ducha, donde descubrió que el mal presagio del día anterior se transformaba en duda. ¿Qué era real? Aquella mujer misteriosa o el agua caliente que resbalaba por su cuerpo. Recordó el sabor del capuchino y

lo increíblemente vívida que le pareció la experiencia de haberlo tomado.

Al salir del baño descubrió sin sorpresa que el diario *La Crónica* lo habían deslizado por su puerta como todas las mañanas. Lo levantó del suelo y creyó desmayarse cuando vio en primera plana su foto, donde aparecía con el mismo pantalón de jean y el buzo verde que había vestido en su sueño para cumplir la cita con la dama que no conocía pero creía conocer. De pronto se dio cuenta del desconcierto que había en su rostro y de que estaba rodeado de policías.

Luego de permanecer suspenso por unos minutos sobre su imagen, pasó al titular que cubría casi el ancho de la página: «Envenenado el director del hospital». Y más abajo agregaba: «El sospechoso, un médico del centro de salud local, tenía abierta una investigación por tráfico de drogas controladas. Al momento de su captura llevaba un frasco de veneno entre los bolsillos de su pantalón. Se busca una cómplice que escapó poco antes de presentarse el deceso».

Alguien carraspeó atrás de él, muy cerca de su oído.

—Bueno —le riñó el guardia de prisiones—. Ya se complació con descubrir que de la noche a la mañana se volvió una estrella en la ciudad. Disfrútelo porque será el único buen recuerdo que tendrá mientras esté en la cárcel.

Entonces despertó realmente. A su alrededor no estaban los muebles ni las cortinas del apartamento, era otro lugar. Descubrió que el sueño había sido el otro, el de llegar tarde a casa para descansar y pensar en la rutina que le seguiría. El café, el frasco, la joven, todo era la pesadilla de la realidad, un mal sueño que duraría por al menos sesenta años.





KATHERINE LEÓN ZULUAGA  
(RENATA Armenia)

Nacida en la ciudad de Medellín en el año de 1983. Comunicadora social y periodista de la Universidad del Quindío. Se desempeñó como periodista del programa cultural «Rayuela» de la UFM Estéreo durante cinco años. Actualmente es directora de comunicaciones de la Escuela de Administración y Mercadotecnia del Quindío, en donde dirige la revista *Facultad Para Educar*, publicación de carácter académico e institucional que funciona como canal de comunicación entre los integrantes de la comunidad académica de la región y el país. Además es miembro activo de la organización mundial Aiesec, plataforma internacional que opera en más de cien países y busca desarrollar el liderazgo de los jóvenes.

## El único lustrabotas que almorzaba en La Fogata

*El abuelo*, así es como lo llaman quienes viven cerca de él; los demás lo conocen como don Alfonso. Es un hombre que emana un aire fraternal y una visible melancolía en sus ojos. Todos los días, a las nueve de la mañana, se le ve por los pasillos de la Escuela de Administración y Mercadotecnia del Quindío, con un cajón blanco en la mano derecha y un pequeño butaco en la otra, dispuesto a darle brillo a uno que otro par de zapatos descuidados.

Cuando llega el momento de realizar su labor, se concentra enteramente en los zapatos de su cliente, pero si le buscan conversa, se entrega al don de la palabra y hasta puede contar su vida.

—Yo soy de Buga, Valle. Hace diez años estoy en Armenia embolando zapatos. En el Valle tuve un taller de zapatería. Era una herencia. Fracagé por el vicio, todo me lo bebí. Cuando me vi sin nada, mi familia me abandonó. Hace once años que no veo a mis hijos, son tres. Ellos viven en Pereira. Aún recuerdo el día que llegué a Armenia, el 21 de mayo de 1997.

«Yo me quedé solo de pequeño. Me levantó un tío, él me puso a estudiar, pero a mí no me gustó. En horas de recreo me iba para el río a bañarme. Le contaron a mi tío y me pegó una muenda que me dejó de cama. A uno le daban con lo que encontraban.

»Él era zapatero y me retiró de estudiar. Yo estaba en cuarto, iba para quinto. “Si no quiere estudiar entonces trabaje,

aprenda zapatería”. Ahí fue donde yo aprendí este oficio. Él murió y heredé su taller.

»Era un tallercito ubicado en la carrera catorce con calle trece. Cuando él murió, hasta el vicio le heredé. Murió trasbocando el hígado y la bilis. Trabajaba con la botella al lado. A mí me iba muy bien, pero se me pegó ese mal. Duré como trece o catorce años con el negocio; con eso le di estudio a mis hijos, que son dos mujeres y un hombre».

Llegar a una nueva ciudad fue difícil para don Alfonso. Pero al evocar esos tiempos se siente contento por lo que tiene ahora.

—Llegué a Armenia buscando trabajo en talleres de zapatería y no me resultó. Se me empezó a acabar la plata que traía. Pagaba tres mil pesos diarios en una residencia. Si almorzaba no comía y viceversa. Yo no soy capaz de robar. Pedir me da pena. Así que conseguí el cajón y me va muy bien, desde eso no me falta la comida. Todos los viernes subo al Hospital San Juan de Dios, ahí tengo clientes. También por la Clínica Fundadores y enseguida de la Funeraria Espíritu Santo.

Mientras sus manos untadas de betún les dan brillo con un trapo beige a mis botas, mira perdidamente al paraje de los recuerdos para encontrarse con su familia que hoy no tiene, al menos no cerca.

—De aquí no me voy. Yo vivo muy amañado en Armenia. Si de pronto tengo algunos pesitos, voy a visitar a mis hermanos que están en Buga.

«Los hijos fueron a despedirse de mí hace once años: mi hija Claudia tenía dieciséis; Miyerlandi, trece y mi hijo, seis años. Yo estoy ahorrando a ver si voy este fin de año. Primero pienso ir a Buga para que mis hermanos me den razón de mis hijos, para luego ir a visitarlos.

»Yo vivo por la salida para Calarcá, por el puente La Florida. No sé cómo se llama el barrio donde vivo ni el número de la casa. Antes vivía detrás de la Escuela de Administración, por unas casitas.

»Por el parque Fundadores me regalan camisas, zapatos, ropa. En la escuela, el doctor Luis Carlos Ramírez me regaló tres pares de zapatos y el físico me ha regalado camisas.

»Antes tenía una caja amarilla y la vendí. Yo hice este cajón, no sé de carpintería pero compré la plantilla y lo hice».

Si se le pregunta por ese mal que lo alejó de su próspero negocio y de su querida familia, esboza una leve sonrisa en su rostro. Se puede decir que son pocos los vestigios que quedan; como quien dice, sólo toma para calmar algunas penas.

—Cuando estoy aburrido me compro medicita de Quindiano y arreglo la casa. No es de todos los días.

«Antes embolaba al dueño de La Fogata, a don Alfonso López; me pagaba dos mil pesos, aunque sólo cobraba mil, y decía: “Tocayo, vaya a la cocina a que le den comida”. Almorzaba todos los viernes en La Fogata. Soy el único lustrabotas que almorzaba en La Fogata. Ahora lustró al hijo del dueño, que ya murió».

—¿Cuánto es, don Alfonso? —le pregunto.

—Los mismos mil pesitos.

—Gracias.

—Que tenga una buena tarde.







KATTY LEÓN ZULUAGA  
(RENATA Armenia)

Nacida en la ciudad de Medellín en el año de 1983.  
Comunicadora social y periodista de la Universidad del  
Quindío. Actualmente es directora de comunicaciones  
de la Universidad La Gran Colombia, seccional Armenia.  
Consejera de medios del departamento del Quindío.

## Al ritmo del *pump*

Un instinto liberador me ha impulsado a salir de la rutina, tengo un propósito: hacer de esta noche algo único. Me dirijo al centro comercial Portal del Quindío con la firme convicción de entretenerme con aquellos que dejan que su cuerpo se entregue al ritmo hasta ser capaz de vencer una máquina. Es la comunidad de los *pump it up*. Con el solo nombre ya empiezo a tararear un pump, pump de esos que se sienten en las discotecas.

Subo las escaleras electrónicas. Un letrero se hace emergente: «Happy City», alcanzo a leer y una carita feliz remata intencionalmente lo escrito. Veo mucha gente. Sobre todo niños y jóvenes, algunos adultos como protectores y los curiosos que nunca faltan. Ahora también soy una curiosa más.

Hace calor y la gente sigue llegando para ver a mis chicos, los *pumpiadores*.

«Eso *Cubanita*, muy bien, *Cubanita*». Escucho que le hacen barra a una jovencita, me acerco a mi amigo Richard (*Fly*) para preguntarle por qué la llaman así. Me dice que ella es muy parecida a una de las caricaturas de este juego, de allí su nombre. La cultura de los *pump* es particular. Parte de un sello personal, de una identificación, así que no es raro escuchar apodosos como *Cubanita*, *Chevi*, *Fly*, *Erizo*, *Ayko* (emperatriz japonesa), *Dakar*, entre muchos otros.

En Armenia, el *pump it up* se instaló hace tres años. Su origen es coreano. En el departamento del Quindío se tiene un

registro de 286 practicantes del *pump*. En Colombia hay siete zonas donde están distribuidos los *pumper* o *pumpiadores*: Bogotá, Medellín, la región cafetera, Cali, la costa atlántica, Villavicencio e Ibagué. Es practicado por todas las edades, teniendo mayor acogida en los niños y jóvenes, quienes pueden durar horas enteras encima de una máquina.

Sigo viéndolos bailar, y es entretenido comprobar la agilidad que ellos desarrollan. Richard es uno de los mejores *pumper*, practica mucho el *freestyle* y monta sus propias coreografías. Para cada canción tiene atuendos especiales, así lo exige esta categoría. Él siente la música y se deja llevar por ella, ésa que seduce, incluso a los que estamos sólo viendo.

Varios me han confundido con una más de ellos. Creo adivinar que es por mi vestido deportivo, nada de maquillaje, una sudadera, un suéter amarrado a propósito en la cintura, el cabello desarreglado. Tanto que me ponen dieciocho años cuando ya hace rato que pasé por ahí. Es agradable ver cómo unos apoyan a otros, se motivan entre sí. Uno pensaría en celos o envidias, pero aquí parece distinto; ellos siguen haciendo fila para competir. Una joven llamada Elena Gañan (*Ayko*) registra con cautela los puntajes de cada uno, es la que da orden al lugar. Ella maneja la zona del eje cafetero.

Han decidido descansar. Es justo, el sudor les ha bajado de la frente hasta sus blusas y camisetas. Hay personas que han perdido más de siete kilos practicando juiciosamente durante un mes, y lo creo.

De un momento a otro aparece ante la máquina una pequeña, no mayor de dos años; su cara de satisfacción se hace más visible cuando está más cerca de la máquina. Se sube con propiedad y empieza a dar saltos con sus cortas piernas; su mamá

la anima y algunos de los *pumpiadores* le toman fotos y la graban con sus celulares. Por los movimientos de la niña podría asegurar que no era la primera vez que estaba allí, pues sus pasos eran similares a los de los practicantes; todos estamos embelesados con las gracias de aquella bebé.

Los jóvenes se sientan en círculo. Juan Sebastián Muñoz, alias *Chevi*, trae consigo una bandeja llena de toda clase de fritos, papas, plátano y gaseosa. Se sientan a comer, nunca había visto ese estado de comunidad, si se le puede llamar así, todos compartiendo en tranquilidad.

Aprovecho para ver más de cerca la máquina y se asemeja a un equipo de sonido con televisor incluido; tiene varias flechas en distintas direcciones: las de arriba son rojas y las de abajo son azules, y tiene un cuadro en todo el centro de color amarillo. Los puntajes son a, b, c, d y f; si el jugador activa el comando exactamente, la máquina marca el movimiento como *perfect*. Si es a destiempo, como *great*; un poco más retardado, como *good*; si no se atina saldrá *bad* y si ni siquiera marcó el movimiento aparecerá un *miss* en la pantalla. Para hacer uso de la máquina se requiere de una ficha cuyo valor es de seiscientos pesos, la cual permite, dependiendo del talento del jugador, bailar hasta cuatro canciones que van en diferentes ritmos como hip-hop, rock y tecno.

En este juego hay dos categorías, *speed* (rapidez) y *freestyle* (coreografía), y diferentes modalidades o niveles como *easy*, *normal*, *hard*, *crazy* y *nightmare*. Es todo un sistema, pero tanto grandes como chicos cuentan con pasión sobre este tema; como Sebastián Manrique Gómez, de doce años de edad, conocido en el mundo de los *pump* como *Erizo*, quien dice que no cambiaría esta máquina de bailar por nada, ni por la televisión que

tanto gusta a los de su edad. Frente a su peculiar apodo sonrío y con cierto sarcasmo me dice: «Hay un chino que a todos nos pone apodos y ahí quedé yo en la colada». Su pasión lo ha llevado a tener algunos inconvenientes con sus padres, pues por dedicarle más tiempo a la máquina que al estudio, lo han castigado con no volver a poner sus pies en el sitio de baile. Esto lo ha obligado a ponerse las pilas en el colegio.

Esta máquina es de pasiones. No sólo de los que bailan, sino de los que, como yo, vemos bailar. Richard se ha ganado admiradoras que le dicen piropos y que gritan con energía, apenas se sube al aparato. Para Richard este *hobby* es sólo un extraño aparato que le sacaba la rabia. «Antes peleaba con la máquina; ahora no: la limpio, la cuido y me divierto mucho».

La comunidad *pump it up* en Armenia es organizada. Gracias a Elena Gañan, quien ha sudado la camiseta, no sólo en el baile sino en la planeación de este grupo. Ella es quien, con cuidado, revisa que los concursantes respeten las reglas del juego; por ejemplo, que los hombres no se sostengan de las barras, que ninguno tomó bebidas energizantes para los torneos y que reine un ambiente de tolerancia entre todos los participantes. «Realmente queremos que el *pump* sea considerado en Colombia un deporte, como lo es en Corea, en donde se realizan torneos mundiales», dice esta joven de veintiséis años. Ella tiene muy claro que el *pump*, por todas sus características, debe ser considerado como un verdadero deporte. Aquí gana el más pilo, el más rápido, no sólo física sino mentalmente. Debe existir una conexión y coordinación entre lo visual y lo motriz; de lo contrario, se pierde.

Luego de verlos bailar, me dieron ganas de hacer lo mismo. Así que llegó la hora de ensayar o de *pumpiar*. Hago la ru-

tina: compro la ficha, la inserto, digo «me seleccionan las pistas» a un par de niños y me escogen la más fácil, como para no desentonar con mi escaso conocimiento. Respiro y me pongo en posición: pies firmes en los cuadros y empieza a sonar la música; a la par, suben varias flechas. Mi mente no sabe si prestarle atención a la pantalla que tengo al frente o a las flechas que torpemente piso. Es increíble que te venza una máquina, es algo que un ego como el mío no perdona, pero soy primípara. Sigo bailando, si así se le puede llamar a ese primer intento de saltos y descoordinación, pero me siento bien. Terminó agotada, el sudor se esparce por mi rostro, ahora de rojo intenso. Miro la máquina. Desafiante hace un análisis de mi actuación, f de puntaje, era de esperarse. Estuve mal, pero me sentí muy bien en el PIU (máquina).

Realmente me agradan los *pumpiadores*: pasan sus horas escuchando música, bailando, quemando calorías, invirtiendo sus mesadas escolares en una máquina, en lugar de comprar porquerías. Ejercitando sus hemisferios y, lo mejor, haciendo amigos. Creo que he logrado mi objetivo, he hecho algo único: sentirme *pumpiadora* por un par de horas.





MÓNICA ALEXANDRA LLANO NÚÑEZ  
(RENATA Cali)

Nací el 27 de abril de 1980 y desde muy chica mi vida ha estado ligada a la literatura. Hoy, junto a la Fundación Escribir No Muerde, comparto con la gente mi amor por los libros y la naturaleza. Publicaciones: *Duende necio* (séptima edición, 2004); prólogo de *Escribir no muere*, y el cuento «Duende necio», que hace parte de su primer libro, aparece en *Viva lo breve* (1996). Premios y reconocimientos: Premio María de las Estrellas otorgado por los clubes literarios de la Unesco a jóvenes escritoras en la Feria Internacional del Libro de Bogotá (2000); segundo lugar en el concurso literario en Carta en Español durante la Celebración del Evento «Palabras Autónomas: Encuentro de Lenguajes» (2006).

## La escalera

Cinco años, los ojos se me rasgaban por las dos moñas de colores que halan los cabellos ensortijados como el mío; el mismo vestido de flores amarillas y violetas, regalo de la abuela en mis cuatro años, que mi madre insistía en ponerme aunque la cintura me quedaba en las axilas y los boleros escasamente me alcanzaban para cubrir los calzones nuevos de Winnie Pooh.

Salimos en el auto hacia la casa de la abuela. Desde la ventana miraba los edificios como clavados en el cielo y les buscaba mil formas a las nubes, mientras mi madre manejaba discutiendo sola con un aparatito algo extraño adherido a su oreja desde hace mucho, que sólo se quitaba para dormir.

Las calles se encontraban llenas de gente apresurada y carros que pitaban angustiosamente en los semáforos como lo hacen las ambulancias. Quizá todos iban con un enfermo para la clínica.

Mi madre cada vez gritaba más fuerte y yo preferí seguir observando por la ventana, escaparme de allí, subirme por alguno de esos edificios y alcanzar el cielo para hacer bombones con las nubes.

Recuerdo que me timbró el celular, lo saqué del estuche de Tigger que combinaba con mis calzones. Era mi padre, me recogería en la noche en casa de la abuela.

Al llegar me olvidé de mi madre, de sus lágrimas y de sus gritos...

Allí estaba la gran casa vieja de los abuelos, laberinto lleno de cuartos, de fotos antiguas y de mil aventuras. En ese



lugar sí era divertido jugar a las escondidas con mis primos pues en el apartamento donde vivíamos con mi madre no había dónde ocultarse; era tan pequeño que mamá decía que pronto terminaría escuchando sus pensamientos. No existía nada de misterioso en ese espacio; en cambio esa vieja casa siempre fue mágica, el lugar perfecto para mostrarle los calzones nuevos a mi primo Santi sin que los adultos se enteraran; en ese mismo cuarto, donde dormía Papá Noel todo el año, nos dimos nuestro primer beso.

Me encantaba ir a esa casa todos los domingos, el único día que veía a mi madre, pues en la semana ella llegaba de su trabajo cuando yo ya dormía.

Saludé a mis abuelos; estaban como siempre en las sillas mecedoras del jardín en el centro de la casa. Me dieron un gran beso y partí en busca del carrito de balineras, ése que construimos Santiago y yo con ayuda del abuelo.

Antes de llegar al solar de la casa, donde había platanillas y un hermoso rosal que mi abuela cuidaba con esmero, sonó el timbre; salí corriendo, eran Santi y mis tíos. Llegaron puntuales para el almuerzo.

Mientras los adultos tomaban tinto en la sala y esperaban a que Tomasa sirviera el ajiaco, nosotros nos quitamos los zapatos, tiramos las medias por ahí y salimos al solar. Montamos en nuestro carro de balineras: yo conducía y Santiago me empujaba por la espalda. Nos lanzamos con las llantas que chirreaban contra el piso a la expedición más grandiosa, la habitación del tío Alberto que estaba al final del pasillo cerca del solar.

Arrancamos a toda velocidad, con nuestros pies desnudos sobre las baldosas grises. Llegamos a la puerta del cuarto. Abrimos con todo el sigilo. Traquearon las bisagras oxidadas

de la puerta; allí reposaba el tío Alberto, con las babas chorreadas por sus cachetes arrugados. Si no fuera por los ruidos espantosos producidos por su garganta y su nariz, parecería muerto.

En puntillas entramos y el lugar que antes sólo podíamos ver desde la rendija de la puerta, ahora estaba a nuestra entera disposición. Cada tornillo ocupaba un lugar especial en ese cuarto, los martillos de todos los tamaños estaban dibujados en la pared con marcador negro.

El tío Alberto era un hombre extraño, solo, perdido en una habitación llena de herramientas que, como él mismo lo decía, le permitían atornillarse a la existencia; clavar los pasos para sentir que la vida no se le iría con los años.

Con el corazón agitado y tomada de la mano de Santos dirigimos a su mesita de noche: en un vaso de agua flotaba una caja de dientes amarillenta y sucia. De pronto mi primo tumbó una lámpara y mi tío Alberto se despertó.

Entre carcajadas y un susto aterrador, salimos a correr sin descubrir ninguna sonrisa escondida en algún rincón de ese cuarto silencioso y triste.

El almuerzo estaba servido; mamá me llamó al comedor.

Nos sentamos a la mesa. Todos miraban los platos, mi abuela rezaba por los niños que no tenían nada para comer y daba gracias por los alimentos.

Santiago y yo reíamos mientras soplábamos la sopa humeante.

—¡Que no muerda la cuchara! —me gritó mi madre.

—¡Si quieren postre, se comen todo! —dijo mi tía.

Realmente no nos importaba lo que nos decían los adultos, aún pensábamos en el grito del tío Alberto. Pero ellas, las

mamás, quedaron contentas cuando respondimos en coro: «¡Sí, señora!».

Correteamos por la casa. Papá Noel fue testigo de otro beso, le mostré los calzones nuevos a Santiago y él me mostró sus calzoncillos de Supermán.

Fue una tarde extraordinaria. Sonó el timbre, era papá. Mi tía le abrió la puerta, mamá no lo saludó, él me dio un beso en la mejilla y me pidió que subiera rápido al auto; tenía afán, como de costumbre.

Tomamos la carretera, los edificios seguían clavados en el cielo oscuro. Mi padre manejaba discutiendo solo, con el mismo aparatito extraño adherido a su oreja. Ahora iba con él para su apartamento, al otro sitio triste que no me dejaba esconderme ni de mis pensamientos.

Sin importar si estaba en el apartamento de mi padre o en el de mi madre, la casa de los abuelos siempre estaría a siete largos días, y sentada en la cama, mirando por la ventana de aquel cuarto, continuaba imaginando que los edificios algún día se convertirían en escaleras para subir en una nube y volver a la casa de los abuelos a encontrarme con Santiago, subirnos al carrito de balineras y recorrer juntos nuestro imaginario paraíso.







W. GERMÁN LÓPEZ VELANDIA  
(RENATA Bogotá)

Nace el 27 de marzo de 1971 gracias a Germán y Carmenza en Bogotá. Dibujante publicitario de la Escuela de Artes y Letras, publicista de la Universidad Central, su vida transcurre entre las agencias de publicidad como *copy* creativo y la literatura. Ganador en 2005 del Premio de Cuento Ray Loriga. Ha participado en los talleres Literatura de Ciencia-Ficción e Hipertextos de la Universidad Nacional de Colombia; XXI Taller de Escritores Universidad Central; La Creación Literaria, Club de Escritores Fundación Gilberto Alzate Avendaño, y en el Taller de Creación Literaria Ciudad de Bogotá IDCT. Publicaciones: *Introducción al silencio* (antología, Escuela de Artes y Letras, 1993) y *Alguna vez fuimos vírgenes* (antología, Facultad de Ingeniería de la Universidad Nacional de Colombia, 1998).

## Etimasía

La primera patada me arrojó a la mitad de la calle. Me golpeó fuerte en la cabeza al caer en el asfalto. Trato de levantarme y explicarles pero de no sé dónde me arrojan una botella, se estrella en mi nuca y deja varios trozos de vidrio enterrados; antes de poder recuperarme llega el disparo. Es un fogonazo muy blanco que me vuelve a estrellar contra el pavimento. Ya no me quiero levantar. Una catarata de sangre sale de mi pulmón derecho acompañada de un silbido extraño, mezcla de pito y gorgjeo. Puedo escuchar al policía acercarse; está agitado, excitado, se burla de mí. Con el pie me golpea fuerte cerca de la herida, escucho un crujir de huesos rotos en mi costado. Se acerca a mi oído y me insulta; antes de alejarse me escupe en el rostro, siento su baba tibia bajando por mi mejilla.

Puedo escuchar a la gente que se ha detenido a ver lo sucedido en el callejón. Han llegado los reporteros, otros policías felicitan al oficial que me disparó. Un periodista lo aplaude, mientras los demás se lamentan por la anciana que permanece tirada junto a unas cajas y bolsas de la basura. Nadie se fija en mí pero aún respiro. La hemorragia ha disminuido. Ya no queda sangre. Escucho el murmullo de los vecinos decir:

—Lástima, unos segundos antes y hubieran salvado a la anciana.

Otro dice:

—Los atracadores eran dos, pelearon entre ellos. Uno corrió por allá. Afortunadamente usted mató a esta rata cuando estaba sobre la señora.

Escucho el flash de las cámaras, las ambulancias y la risa del policía; escucho las palmadas en su espalda. Casi puedo escuchar el corazón de todos detenerse cuando el paramédico gritó:

—¡Pero si esta abuelita está viva! ¡No tiene nada!

La anciana se levanta asombrada, mira a todos lados, me busca, se toca, se mira el traje lleno de sangre en el pecho y el abdomen pero está ilesa. En el piso, a sus pies, brilla una navaja con sangre.

Bocabajo, mojado y moribundo, yo oigo los músculos, los tendones y los huesos de todos los cuellos tensionándose y girando, sus ojos buscándome en la oscuridad del callejón. La anciana pregunta afanada:

—¿Dónde está el joven que me salvó? Es un santo.

Siento su sorpresa, la cara de desesperación del policía, la angustia de los vecinos y las respiraciones detenerse, mientras ante sus ojos yo me elevo en cuerpo y alma.









ADRIANA JUDITH MORA PACHECO  
(RENATA Bucaramanga)

Publicista. Nació hace 25 años en Bucaramanga. Trabaja como directora de mercadeo en una empresa de recreación y turismo. Enamorada del arte en todas sus formas, trabajó como investigadora en el libro del publicista José María Raventós *Cien años de la publicidad colombiana* (2004), que recopilaba los mejores anuncios gráficos hechos en el país. Ha escrito varios cuentos y una novela infantil, aún sin editar.

## Bajo la sombra

El sol pega con fuerza sobre mi espalda; a mala hora decidí ponerme esta blusa que la deja descubierta. Siento cómo pica la ropa, cómo arde este sol. Corro la silla hacia la izquierda y, aunque quedo debajo de la sombrilla que cubre la mesa, no me logro acomodar. Me inclino hacia adelante en busca de mayor sombra. Alzo la mirada y lo veo venir con sus grandes gafas oscuras y las manos entre los bolsillos del pantalón. Siento que el calor se hace más fuerte y de inmediato me seco las gotas de sudor que aparecen en mi frente. Espero que él no lo note aunque por su sonrisa maliciosa sé que me ha visto.

Él sabe que su presencia me pone nerviosa y lo disfruta. Toma una silla que está retirada de la mesa y la pone junto a la mía. Al sentarse, me mira fijamente y no me dice nada. Qué incómodo es el silencio cuando hay mucho que se quiere decir y las palabras que no salen, parecen atorarse en la garganta.

Trato de escoger con cuidado la primera frase. Mientras tanto pienso en la extraña sensación que produce el amor. Nos hace pasar en un segundo del calor intenso al más frío silencio. Es el mismo frío que recorre mi cuerpo al ver que de golpe se levanta y se va.

—¡Amor...! —logro decir.

Él está tan lejos que no alcanza a escuchar.





LUIS FERNANDO OCAMPO GÓMEZ  
(RENATA Bucaramanga)

Tiene 35 años y es natural de Caicedonia, Valle. Es filósofo, gestor cultural y bibliotecario del Colegio Café Madrid. Durante los dos últimos años ha sido finalista en el concurso de microcuento realizado por la emisora UIS Stereo. En su proceso literario ha escrito dos novelas y una colección de cuentos y poemas aún sin editar.

## Cantalicia

Todos en el pueblo conocimos a Cantalicia. Una mujer menuda de edad indescifrable. De hecho, todo en ella era un misterio. Ahora que lo pienso, debió estar momificada en vida. Desde que tengo uso de razón ella era vieja y de eso hace más de veinte años; no recuerdo haberla visto envejecer más y, a decir verdad, tampoco creo que su rostro guardara espacio para una nueva arruga.

Marchaba por el pueblo como judío errante apoyada a un rudimentario bordón. Iba descalza, despeinada y encorvada, esparciendo a su paso el oloroso aroma de su inseparable tabaco. En su desdentada boca sólo relucían dos muñones que hacían juego con el cobrizo natural de su ardiente compañero.

A no ser por lo familiar que era para todos, bien hubiera podido ser el coco de los niños, de los que se creía la mamá correteando, reprendiendo, prometiendo castigos y lanzándoles improperios.

Cariñosamente los adultos le decíamos la *Mamá Grande*; los chicos, más mordaces, le decían *Misía Cantaleta* y le gritaban que en lugar de pulmones tenía un tizón lleno de hollín, algo que la enfurecía sobremanera.

Cantalicia formaba parte de nuestro paisaje regional; estoy seguro de que, a pesar de los correteos y griterías, nadie en el pueblo la aborrecía. Asistió el nacimiento de casi dos generaciones, entre las cuales me incluyo. También ayudó a morir a más de uno.

Entre sus misterios se contaba ser partera, enfermera empírica y yerbatera profesional. Por su casa desfilaba toda clase

de personas en busca de alivio para todos sus males: desde afectados por dolores de muela, luxados y heridos hasta moribundos. Sus medios de sanación eran tan disímiles como ingeniosos: rezaba los dolores, detenía hemorragias con su mirada, curaba heridas aplicando emplastos de hierbas silvestres, sobaba lesionados con unguentos que olían a diablo sin bañar y desaparecía infecciones con, según sus propias palabras, «juagadura de culo». Leía los azares del destino en el tabaco o el cuncho del chocolate. Lo mejor de todo era que no cobraba por sus servicios y estaba siempre presta a ir en ayuda de quien lo necesitaba sin importar la distancia, la hora o el mal tiempo.

Decía no necesitar dinero y vivía en su destartado rancho que amenazaba con desplomarse en cualquier momento; nunca le faltaba algo que echar a la olla y, lo más importante, ni su paquete de puchos.

Definitivamente era una mujer que se hallaba por encima del bien y el mal. Se encomendaba a la «virgen del agarra-dero» y a la hora de tomar chicha en totuma no había quién le ganara.

Nadie sabía su origen. Llegó un día cualquiera hace más de cuarenta años. Sin mediar palabra se instaló en el viejo rancho, por entonces abandonado, y ahí se quedó. Cuando se le preguntaba por sus parientes o su procedencia, respondía:

—Soy ciudadana del mundo y pariente de todo aquel que se cruce en mi camino.

Hace unos días el pueblo amaneció con más bochinche que de costumbre. Chepe, el barrendero, se acercó muy temprano a golpear su puerta y, al no oír nada, se alejó; mientras lo hacía, notó que el viejo portón no llevaba puesto el tradicional candado, lo que indicaba que Cantalicia se encontraba en el interior.

Retrocedió y golpeó más fuerte. Al no obtener respuesta, decidió darle un empujón. La puerta cedió un poco, pero una tranca al interior impidió que se abriera completamente. Miró a través de la rendija y pudo ver en la penumbra a Cantalicia acostada en su cama sin inmutarse por el ruido. Partió en busca de ayuda pues supuso que estaba muy enferma o muerta. No alcanzó a caminar media cuadra cuando escuchó a su espalda un gran estruendo; el viejo y destartalado rancho se había desplomado. De inmediato se inició un incendio que no fue fácil controlar. Bajo las cenizas no se encontró rastro del cadáver.

Cosas de la vida, la mujer que ayudó a más de uno en su tránsito a la eternidad, que estuvo con nosotros en las buenas y sobre todo en las malas, partió de este mundo en el más absoluto revuelo propio de su turbulenta vida. No podía ser de otra forma: Cantalicia, que fue un misterio en vida, continuó siéndolo en su muerte. Se llevó consigo sus secretos.

Los rumores sobre ella van y vienen. Algunos dicen que tenía pacto con el diablo; otros, por el contrario, afirman que era un ángel terminando su misión antes de obtener sus alas. Los más sensatos simplemente pensamos que era una mujer muy «peculiar».

Seguramente se erigirá un monumento en su memoria, merecido homenaje a una maravillosa vida dedicada al servicio de sus semejantes. Por el momento se organizó un funeral simbólico que convocó al pueblo entero en silente desfile con rumbo al cementerio, sin ceremonia religiosa, como estamos seguros lo hubiera querido ella. Paz en su tumba, perdón, sobre sus cenizas.





EMMANUEL PICHÓN MORA  
(RENATA Riohacha)

Nació en Maicao, en 1967. Bachiller del Colegio Ferrini de Medellín. Estudió ingeniería de minas y metalurgia en la Universidad Nacional, seccional de Medellín. Profesor de matemáticas, física y química. Participó del Taller de Poesía de la Biblioteca Pública Piloto de Medellín dirigido por el poeta nadaísta Jaime Jaramillo Escobar. Hizo radio cultural en la emisora de la Universidad de Antioquia. Tiene artículos y ensayos sobre cultura popular publicados en revistas de Medellín, Valledupar y Caracas. Actualmente es asesor del Fondo Mixto para la Promoción de la Cultura y las Artes de La Guajira.

## Exiliado en tierra

*Que es mi barco mi tesoro,  
que es mi Dios la libertad,  
mi ley la fuerza y el viento,  
mi única patria la mar.*

JOSÉ DE ESPRONCEDA

En esta costa árida y desolada soy, por virtud del amor y la desventura, un exiliado. En las mañanas me aborda la nostalgia cuando, al ver el blanco de las pequeñas velas de los botes perleros, recuerdo el velamen temerario de las goletas corsarias donde me hice hombre. Al atardecer, cuando los cayucos están varados en la playa con las velas desplegadas, siento en mí un pavoroso estremecimiento ante la certeza de que el mar y la aventura ya hacen parte de mi pasado.

Apenas voy a cumplir treinta años, pero mi piel curtida por el salitre tiene la apariencia senil y áspera del barro seco y cuarteado con el que construí la choza que ahora habito en este paraje solitario. Éstas son costas de perlas y de indios bravos que, a pesar de tener flechas emponzoñadas, saben utilizar arcabuces y mosquetes. Altivos en su desnudez, tienen tratos con piratas de toda laya, especialmente con ingleses y holandeses. A piratas e indios nos hermana un visceral odio al español y la necesidad de intercambio de ciertos géneros y vituallas. Por ejemplo, recibimos perlas por armas y pólvora, y sal por licor de caña. No obstante, la alianza es precaria, pues es muy conocido el carácter tornadizo y desconfiado de estos hombres del desierto y el talante ventajoso y cruel de los piratas del Caribe.



Ahora, por culpa de un amor fatal, me encuentro entre estos salvajes, pero soy respetado gracias, paradójicamente, al castigo que me conmutó muerte por extrañamiento. Soy reo condenado por traición a mi superior, el fiero Eduardo Teach, conocido en todo los mares como Barbanegra.

Aunque advenedizo en estas costas de perlas, ya parezco uno más de estos salvajes: del pantalón rojo, de la casaca negra y la camisa blanca de lino manchada de sangre y de pólvora, del cinturón guarnecido de fornituras brillantes y de las botas de tafílete retinto —prendas de filibustero en pleno ejercicio— sólo queda un humilde taparrabo que apenas cubre mis partes pudendas. El viento impetuoso y la arena menuda y cortante que azota desde barlovento han hecho de mi desnudez un hábito más acorde con mi presente menesteroso. El calor aplasta en los mediodías y si no soplaran los alisios esta tierra sofocaría al mismo diablo.

Añoro el olor de las algas del mar de los sargazos y el suntuoso tono anaranjado de las puestas de sol en mi isla. Nací en La Tortuga, a mucho honor, paraíso de piratas. Apenas tuve conciencia del mar supe que éste era mi destino: su cimbreante azul verdoso ha sido mi perdición (ella tenía los ojos del mismo color del mar de mi isla; quizás por eso me enamoré).

Mi padre, un rencoroso y apátrida español caído en desgracia, me enseñó el castellano; pero con la misma diligencia me exprimió como un simple mozo de taberna. Y en este arriesgado oficio, en medio de pillos arrebatados por el ron y la cerveza, aprendí el inglés bárbaro de los piratas de Port Royal. En la posada de mi padre encallaban, después de arduas empresas de saqueo, toda clase de tunantes, facinerosos y pillos con sed de licor de caña y con hambre de viandas frescas cocinadas al carbón,

estragados de galletas rancias y carne a la bucán. Ducados y doblones quedaban en las arcas de mi padre, pero el mayor tesoro para mí, eran las historias de bellacos iluminados por la codicia y su ciego arrojo ante la muerte. Y esta sugestiva combinación me sedujo y me perdió para siempre. Apenas cumplí los quince años, abandoné a mi padre e hice del mar Caribe mi patria.

Entre arboladuras, gavias, jarcias, foques y vergas me hice hombre. Mi hogar fueron desde entonces las goletas, balandras, bergantines o cualquier nave ágil y sigilosa presta para la acechanza y el abordaje, en donde aprendí el oficio de pirata. Me hice diestro en el manejo del sable y el compás. Y a lo único que temía era a los señores del Caribe: los huracanes. Barbanegra me tenía aprecio por mi intuición marinera y mi fascinación por las estrellas. Me llamaba cariñosamente Perseo cuando me sorprendía ensimismado mirando desde el castillo de proa el cielo estrellado.

Una noche vi una gran explosión en las profundidades del cielo y me estremecí turbado por un presentimiento aciago. Estábamos en las vísperas de saquear Portobelo y pensé que este asalto sería un fiasco. Pero no, mis temores eran infundados y desaparecieron luego de obtener un botín nada despreciable que incluía a una hermosa joven de grandes ojos asustados que la hacían ver más bella. La mujer subió a bordo de *El Andrómeda*—barco insignia de Barbanegra— como trofeo de guerra del capitán. Él, después de sopesar su belleza en oro, me asignó la tarea de vigilarla mientras negociaba el rescate con sus padres, a quienes tachaba de avaros, pues sospechaba que tenían un cofre de joyas escondidas que se había salvado del saqueo. Su intención no era la de devolverla intacta; creo firmemente que en verdad lo que pretendía era usufructuar su cuerpo hasta que lo has-

tiara para luego dejársela a la tripulación, como había hecho en otras ocasiones. Después la entregaría a sus padres diciéndoles que agradeceran su gesto magnánimo de devolverla viva.

En la tranquilidad del camarín del capitán, la miré con detenimiento y me percaté de que sus ojos tenían el mismo color del mar de mi isla. Cuando me miró, sentí que todo el mar Caribe me miraba. Y ello fue suficiente para enamorarme. Barbanegra había prohibido expresamente que algún hombre del barco la tocara antes que él, y esta orden también me incluía a mí. Pero la curiosidad pudo más que mi respeto a Barbanegra, y en un raptó de inocencia, que sólo se justifica en un enajenado por el amor, la besé en los párpados. Y la criatura aterrorizada ante esta acción, se puso a chillar como una poseída por el demonio y llamó la atención de Barbanegra, que a la sazón estaba en el puente repartiendo el producto del saqueo. Hecho que, es menester decirlo, no le agradaba mucho. Cuando entró, su rostro congestionado por la rabia, quedó lívido al ver que yo me afanaba en calmar a la muchacha con besos amorosos que sólo le producían más terror. En el paroxismo de su ira gritó: «¡Traición, traición!». Y sin mediar más palabra se abalanzó sobre mí, pegándome en la cabeza con la empuñadura de su sable.

Cuando recobré el conocimiento, estaba amarrado al palo mayor. La cabeza me dolía por el porrazo. El capitán, un poco más sereno, me miraba con evidente resentimiento.

—¡Lo único que mereces es colgar del palo mayor! Pero como soy magnánimo, te voy a dar la gracia de vivir —gritó.

Luego, al notar en mi mirada cierto alivio, dijo socarronamente:

—No creas, sin embargo, que no me vas a pagar tu deslealtad; puesto que tus labios han cometido la felonía, te condeno a andar por el mundo sin ellos.

Acto seguido desenvainó su cuchillo y de un tajo cortó el labio superior y luego, de otro, el inferior. Arrojó los dos pedazos de carne al mar, llamó al cirujano y, amenazándolo, gritó:

—¡Cúralo! ¡Si muere, pagarás con tu vida!

A la semana, el vigía divisó el Cabo de la Vela y llamó al capitán. Barbanegra hizo echar una lancha al agua y sentenció:

—Esta costa será tu hogar desde ahora. No mereces al mar como patria.

Desde entonces vivo exiliado en tierra. Pero hoy, antes que los cayucos vuelvan de sus faenas de pesquería de perlas, me devuelvo al mar. Yo no nací para ser destazador de tortugas ni para ser mayordomo de hacienda de perlas. No tengo el espíritu mezquino de los señores de las canoas. Prefiero morir en el vientre del mar, como lo hacen estos pobres esclavos, reventados por dentro, echando sangre por oídos y nariz.





EDUARDO POSADA HURTADO  
(RENATA Cali)

Un test psicológico de aptitud profesional le encontró habilidades para la comunicación social, y ya que leer y escribir eran dos cosas que él sabía hacer bien, se presentó a Univalle y pasó. Hace seis años se graduó, pero sólo ha ejercido su profesión esporádicamente. En lo que ha sido constante es en su deseo de escribir. Tiene unos cuentos cortos muy buenos y otros muy malos. No conoce término medio. Entre los destacables —publicados en la web de RENATA— están «El ángel», «Los santos restos», «La ceremonia» y «Los discípulos».

## Los santos restos

Doce caníbales devoran a un misionero que años después es declarado santo. Arrepentidos, confiesan su crimen y son condenados a viajar por el mundo como relicarios vivientes de los restos del santo. Todavía es posible visitar en la ciudad natal del misionero los cuerpos momificados de los indios y ver en los huesos hechos en sus estómagos las representaciones en cera de las santas partes que cada uno se comió.





MAURICIO ROMERO

## Felicidad en Baltimore

Era septiembre, las hojas de los árboles habían caído; un viento gélido y enfermizo, oloroso a salitre y podredumbre, anunciaba que pronto las fiebres arribarían desde el mar para pasearse por las calles de Baltimore. Edgar se aferraba al poste, en cualquier momento caería nuevamente al barrizal. La oscuridad prematura, las luces espectrales de las lámparas del puerto, la bruma, las tenebrosas aguas del Atlántico meciendo los velámenes como almas perdidas; el marco perfecto para narrar una nueva pesadilla. Un puerto; había dos alternativas para el escritor: que la vida de su personaje encontrara su trágico fin o que escapara en una aventura más allá de la inmunda ensenada. Desafortunadamente Edgar Allan Poe conocía con claridad el destino de sus personajes.

Había llegado a la ciudad hacía tres días y escribió a su prometida Elmira diciendo que haría una estación en la ciudad para visitar a viejos amigos. Pero ni él mismo tenía claridad de por qué había decidido hacer esa parada imprevista e innecesaria. La urbe lo consumió enseguida y se perdió en las calles del puerto.

Volvió a vomitar, aún intentaba aferrarse al poste con una mano, pero sus rodillas ya estaban hundiéndose en la porquería del puerto; escuchó voces, dialectos de gente de muelle, de ralea que se acercaba, que le preguntaban cosas en algo cercano a un inglés. Todo fue rápido y la golpiza inició.

Se había emborrachado con whisky barato de Lynchburg, en establecimientos improvisados entre las trastiendas y



los basureros de las compañías mercantes y las bodegas de azúcar. Recordaba haberse acostado con una ramera de no más de trece años, creía haber pensado en Virginia y en el día que había muerto.

—*Monsieur, s'éveille, l'ont-ils frappé fort.*

Un negro buscaba rastros de vida en el inconsciente hombre, quien poco a poco empezó a reaccionar. El negro escuchó pisadas amenazantes, lo levantó sin dificultad y se alejó con él por entre las cloacas.

Al despertar, no vio nada; lo rodeaba la oscuridad y una ansiedad claustrofóbica lo invadió. Por un breve momento pensó que lo habían enterrado vivo.

—Creí que iba a morir, *monsieur*. Eso hubiese sido un problema feo para Marcel.

Edgar no podía ver quién le hablaba, sólo sentía su presencia; pero su inquietud se desvaneció como si las palabras lo arrullaran. Era el peor inglés que hubiese escuchado en su vida, mezclado con el acento francés propio de los negros que habían sido traídos del Caribe a trabajar a las plantaciones de los criollos del sur.

—Marcel hubiese tenido que haber rezado una plegaria por su *âme*. Y luego hubiese tenido que cortar su cuerpo y echar los pedazos por las cloacas.

Aturdido, Edgar suspiró cuando comprendió en su totalidad el sentido de las frases apresuradas. Se llevó la mano a la cabeza y encontró la carne viva y el dolor palpitante de una herida profunda. Se quejó. Dirigió sus ojos adonde pensó estaba su salvador y dijo:

—Afortunadamente el buen Marcel es un hombre de fe y no tuvo que hacer lo que debía haberse hecho.

Una pequeña chispa alumbró la cloaca y la luz de una vela iluminó el rostro de Marcel; tendría cincuenta años, sus ojos recordaban historias de salvajismo y sangre, su aspecto era peligroso pero curiosamente alegre. Edgar cerró sus ojos mientras se acostumbraban al tenue resplandor y al volverlos a abrir detalló en la penumbra el pequeño y húmedo espacio en el que se hallaba. Era la guarida de un asesino, de un fugitivo; era lo más cercano a una tumba y, al mismo tiempo, el refugio preciso para no terminar en un calabozo o en una fosa común.

—Sí, tengo fe, *monsieur*, pero *je suis* un criminal. *Mais* no alcanzará para ganarme la salvación, tengo tan sólo ilusión.

Edgar sonrió y el negro le devolvió una carcajada. Marcel le contó cómo lo había encontrado inconsciente, golpeado y semidesnudo entre los basureros de las ciénagas; de las fiebres y los delirios y cuánto había pensado en cortarle la garganta cuando no paraba de gritar.

—¿Cuántos días he estado enfermo?

—¿Enfermo?, *vous, je crois que toute la vie* —Marcel rió por la ocurrencia—. Aquí en mi *demeure*, días... no sé. Marcel hace tiempo que no cuenta los días, no sea que se le acaben. Marcel es *une* sombra, *c'est un animal qu'il Harcourt les nuits et les rues vides*.

—Te comprendo, Marcel, no sabes cuánto te comprendo.

Marcel creyó que se refería a que entendía la mezcla de dialectos en el que se había convertido su lengua, incomprendible para la mayoría de la gente de ese extraño y joven país que era América. Iba a decir algo más, pero vio la tristeza y la muerte en el rostro del otro hombre y la superstición de su alma isleña emergió para inquietarlo.

—*Vous êtes un mort.*

—Correcto, mi buen Marcel. Por eso necesito un favor.

Edgar caminaba con inseguridad, era de baja estatura y delgado, avanzaba encorvado y mirando el suelo; esa posición y el inmenso tamaño de Marcel que iba a su lado lo hacían ver frágil. Marcel le había conseguido ropa de una talla mucho mayor. Desde su llegada a Baltimore no se había mirado en un espejo; tal vez había visto su rostro en cristales sucios y en los charcos de las calles. Imaginaba que su pelo negro y ondulado debía estar imposible de peinar, y su fino y delineado bigote en ese momento era un recuerdo. Pasó su mano por el rostro y se tropezó con la barba sin arreglar. Se hizo una imagen mental de su rostro: «Un vagabundo», pensó. Miró a Marcel y supo que había olvidado agregar a la imagen los golpes, los días de fiebre y mal sueño, los años de láudano, el dolor; parpadeó y la imagen de su rostro nuevamente apareció pero era otro, sin esperanza. Ésa era una descripción más acertada.

Los dos iban por Fells Point, un distrito triste y miserable de Baltimore. La humedad y el frío acentuaban la desolación de la calle. La noche sin luna se iluminaba de vez en cuando por luces marchitas que huían por entre las ranuras de las construcciones de madera; no era un sector bullicioso pero no era silencioso; estaban presentes como murmullos del purgatorio, un llanto, un quejido, una infamia. A veces tropezaban con sombras que se escurrían de los callejones oscuros, algunas arrastradas por la inercia y el desconsuelo, y a veces tan sólo por la ebriedad. Toparon con dos o tres cadáveres, asesinados o muertos de hambre; ya no importaba, eran cadáveres que aun en ese estado no alcanzarían la paz porque nunca en vida creyeron vislumbrarla y menos alcanzarla. Marcel, de un momento a otro, se trans-

formó en un animal al acecho. Sus sentidos se agudizaron, agarró a Edgar de los hombros y lo arrastró a una esquina sin iluminar; antes de poder reaccionar, escuchó lo que el negro había sentido con anticipación.

—¿Quiénes son?

—Cállese, *monsieur*.

Edgar dirigió su mirada a la calle y vio aparecer las figuras. Eran siete hombres arrastrando un bulto en un saco de lona. Hablaban un inglés callejero y balbuceante.

—Son basura blanca. Viven en las cloacas de Cross Street. El único orgullo que les queda es ser blancos. Si llegaran a ver a Marcel lo cazarían como un animal, *pour plaire*. Y a *vous* lo matarían por aburrimiento.

El bulto tirado en el suelo se movió y se escuchó un quejido. Algunos hombres del grupo lo patearon, los otros rieron mientras se pasaban una botella de la que bebían. Uno de ellos, hablando y riendo como idiota, siguió golpeando el bulto hasta que éste no se movió más.

—Actúan como retrasados.

—Es el vermut adulterado, *monsieur*. Los hace más peligrosos, *quelques bêtes*.

Una carreta jalada por un asno se detuvo frente a los hombres. El conductor les ordenó subir rápido el bulto que ya no se movía, mientras entablaba una breve discusión con el que parecía el líder de la pandilla. Luego la carreta se alejó y los hombres, insultándose y blasfemando, poco a poco se perdieron por los callejones en busca de una nueva presa. Cauteloso, Marcel esperó un momento y continuó su camino, Edgar lo siguió y, aunque insistió, Marcel no habló más de lo sucedido.

Salieron de Fells Point y evitaron Cross Street tomando una avenida desierta que corría paralela a la costa. Tan sólo de-

bieron ocultarse a causa de un par de carruajes de carga. La soledad del paraje, la noche y el rumor del oleaje impregnaron el alma melancólica de Edgar. Su mente empezó a divagar y su cuerpo a temblar por permanentes escalofríos, como un adicto necesitado de consuelo.

—Marcel, esto es el mundo. Un lugar miserable en el cual nos gusta revolcarnos.

—No, el mundo es más. *La tristesse n'est pas dans le monde*, está dentro de nosotros cuando se lo permitimos.

—Tú no sabes, yo he recorrido la vida hallando sólo la pena y la tristeza.

—Las ha buscado, *monsieur*. No ha intentado apartarlas, se ha emborrachado con ellas y ya no ha podido vivir sin ellas; teme vivir sin pena ni tristeza.

—Porque son necesarias, Marcel. Porque es ridículo aferrarse a la belleza y a la vida. Cuando la muerte es lo que te persigue, debes preparar el corazón para el dolor.

—Necesita es una mujer, una de verdad, *no ces tristes putes de quai*.

Edgar pensó en las mujeres que habían pasado por su vida, las vio tristes y sólo recordó los momentos dolorosos. Pero descubrió que él era el motivo por el que ellas sufrían, que la ansiedad e infelicidad, la oscuridad de su alma eran lo único que podía ofrecerles a esas mujeres y eran lo único que habían obtenido de él. Y él había exprimido esa aceptación sólo para llenar páginas en blanco de dolor y desesperanza. Nunca había sido capaz de dar amor y era incapaz de administrar el que recibía; todo debía ser de mala manera.

El cementerio de Federal Hill apareció en la cima de la colina, faltaba poco para que amaneciera y las sombras se ocul-

taran; sin embargo, dos de ellas empezaron a recorrer la miseria después de la muerte. Cruzaron las fosas comunes donde la vergüenza de Baltimore quería ser olvidada, avanzaron por el sector judío y llegaron a las tumbas sencillas y corrientes de muertos sencillos y corrientes. Edgar se arrodilló delante de una tumba descuidada, cubierta por maleza y dientes de león; la cruz de madera carcomida por escarabajos estaba inflada por el salitre y los hongos. Marcel vio cómo el rostro de Edgar, que hasta ese momento intentaba estar sereno, se descompuso; la fiebre pareció darle paso a la locura y gritó un nombre y luego otro y después otro, todos de mujeres.

—Las he matado. Ansié estar ante tu tumba buscando el perdón, la salvación. Y sólo voy a encontrar castigo y lo merezco, ¿qué alivio podrías darme? Sólo yo he sido el motivo de que sus corazones no quisieran seguir latiendo.

Empezó a remover la tierra húmeda con sus uñas e intentó hundir su rostro también. Marcel elevó una plegaria, quiso contenerlo, pero al tocarlo su instinto le comunicó que ese hombre ya no era de este mundo y, como la sombra que era, huyó de los rayos del sol.

—Tristeza, desesperanza. No he podido ofrecer más que vicio y locura, fui incapaz de devolver el amor que se me ofrecía. Y dime, corro a buscarte, a que tú me des razones y el aliento que nunca merecí y mucho menos atendí. ¿Acaso existe algún modo de salvarme?

Siguió rasguñando por un momento la tierra. Levantó el rostro sin esperanza. La brisa del mar pareció besarlo, el sol de la mañana le ofreció un poco de calor, y en el sonido de las olas creyó oír un «te quiero»; por última vez recordó un nombre de mujer que se esfumó de su memoria, al igual que Edgar y el do-

lor. Por fin la alegre ignorancia se apoderó del hombre arrodillado ante la tumba. Miró la cruz y el nombre, ni lo uno ni lo otro le dijeron nada. Se levantó, miró el mar y lo encontró hermoso; dirigió después su mirada a Baltimore y la vio despertándose perezosa, prometedora, con ganas de recibirlo y acogerlo. Sonrió y dirigió sus pasos a la ciudad. Caminó, sin saber por qué, con ganas de vivir ese día como si fuera el último.









GLORIA ISMENIA SUÁREZ NAVARRETE  
(RENATA Armenia)

Nació en Bogotá, en 1949. Estudió diseño y patronaje de confección industrial. Ha realizado seminarios y cursos libres de arte, literatura e iniciativa empresarial. Participante de apoyo logístico del Festival de Cine y Video de Armenia. Su afición ha sido la lectura de los clásicos de la literatura.

## Solidaridad urbana de antaño

Son las ocho de una lluviosa noche de sábado, hora en que papá entra a casa luego de compartir con los compadres la tomatita de pola en la tienda del barrio. Él está un poco mareado por las cervezas. Con euforia pone al corriente a mi mamá de los últimos acontecimientos del barrio.

—Cómo te parece, hija, que a Villarraga se le casa el hijo mayor con la hija de Pinilla. Por fin van a salir de la encofetada de Rita, ya era hora.

Se dirigen a la cocina. Mamá pone el plato de sopa caliente en el comedor y le dice a papá que las niñas ya comieron y se fueron a dormir.

—Recuerde mijo que mañana vamos temprano a misa.

En ese momento se oyen unos improperios lanzados por la hermana media de mi papá. Hubo un corte de energía cuando la muchacha pasaba por el corredor, frente a la cocina, y se ha tropezado con el tapete de costal que mamá tiene en la entrada. Papá se levanta de la mesa, va rápidamente a la entrada y le dice a la hermana:

—Respete, ésta es mi casa y usted no tiene que decir groserías por un simple tropezón.

—Pues, hermano, venga y me pega ya. ¡Qué miedo!

La respuesta de la muchacha es un plan preconcebido: dos días antes había llegado a la casa un hombre que no conocíamos. Era un enamorado de Gladis, como se llama la media hermana. Querían matar a papá porque era el único heredero de esta gran casa.

La parte delantera está habitada por nosotros. En el medio viven la madrastra de papá, Gladis y otras personas que en ese momento no se encuentran.

Gladis llama a su mamá; ésta no aparece. Vemos con sorpresa que en vez de ella sale el hombre desconocido con un machete en la mano. Todos estamos fuera de la cocina. Le grito a mi mamá para que mire al hombre armado. Ella lo observa y también grita:

—¡Estos infames nos van a matar!

Trata de correr hacia mi papá, quien con su carácter frenetero ya estaba encarando al hombre, pero Gladis, la cuñada, la agrede con un empujón. Mamá cae de espaldas y con una llave exterior del agua se golpea el coxis. Siente que se lo ha fracturado.

Mientras tanto yo observo con angustia que el hombre le lanza un golpe con el arma a mi papá. Éste lo logra esquivar, pero, por el piso mojado, se resbala y cae. El hombre le envía un nuevo machetazo y mi padre se escuda con el brazo izquierdo. El filo le hace un corte largo y profundo en el dedo pulgar. Sangra abundantemente y esto me produce pánico.

Rápidamente salgo por el corredor y llego a la puerta que da a la calle. Abro y comienzo a gritar de manera desesperada.

—¡Don Marcos! ¡Don Pinilla! ¡Están matando a mis papás!

Los compadres dejan todo y corren hacia la casa. Entre tanto, alguien llama a la Policía. Varios vecinos entran, ven a mi mamá en el piso. Varias señoras tratan de levantarla, pero ella se queja de manera terrible. En ese momento, por la llegada y el bullicio de todos, los agresores corren hacia el solar de la casa. Gladis se encierra en su cuarto y el tipo se escapa por los muros posteriores hacia otros patios.

Mi mamá, angustiada, suplica que le cierren con candado el cuarto de las niñas. Teme que les hagan daño. Mientras tanto, afuera, la esposa de Pinilla me tiene sujeta del brazo derecho y me dice:

—No te angusties, quédate tranquila, todos vamos a ayudar a tus papás.

No hice caso y me desprendí de su mano con fuerza. Entro a mi casa y corro hacia la puerta del cuarto de las niñas. Entretanto, a papá los vecinos lo han sacado a la calle, llega la patrulla con tres policías y rondan la casa pero el agresor no aparece, se llevan a mi papá herido. Gladis no quiso salir de su cuarto. Al rato vuelve la luz. Las vecinas logran acomodar a mamá en el cuarto y tratan de tranquilizarla porque repite y repite en medio de sollozos:

—¿Dónde están mi esposo y mis niñas?

Han transcurrido aproximadamente cuatro horas, varios vecinos están con nosotros, volvemos a la calle, regresa la patrulla y traen a papá con el brazo vendado y en cabestrillo. En ese momento sentí mucha calma.

Pienso que mis padres se salvaron gracias a la solidaridad del vecindario que nos conocía de toda la vida. Con su pronta ayuda evitaron una tragedia.

El barrio, por quedar cerca del centro de Bogotá, ha cambiado con el transcurrir del tiempo. De aquellas grandes casas quedan muy pocas, por no decir ninguna; hoy son modernos edificios. La mayoría de los vecinos ha muerto, sus hijos o herederos han vendido las propiedades, algunos han viajado al exterior, existen otras costumbres. Ya los vecinos no se conocen entre sí; por eso la solidaridad de antaño no volverá.





RAÚL TOMÁS TORRES MARÍN  
(RENATA Bogotá)

Nacido en 1966; escritor venezolano residente en Colombia hace veintisiete años. Participó del XVI Taller de Escritores de la Universidad Central en 1999 dirigido por el maestro Isaías Peña. En 2006 participó del Taller Literario de RENATA Bogotá dirigido por el escritor Nahum Montt. En 2004 ganó el III Premio Internacional de Relatos «Ron y Miel», en Guadix, España, con la obra «Lo importante de la autopsia»; en 2005 obtuvo el segundo lugar del I Concurso Tomasino de Cuento para adaptación audiovisual, de la Universidad Santo Tomás de Bogotá, con el cuento «De padre a hijo». En 2000 fue finalista del XIV Concurso Nacional de Cuentos Ciudad de Barrancabermeja con el cuento «El caballito de los Andes». Actualmente prepara la publicación de su primer libro de cuentos y escribe su primera novela dentro del Taller de Novela de RENATA y la SCRCD de la Alcaldía Mayor de Bogotá.

## El de la 305

La algarabía y el ruido de los vasos competían con los boleros que sonaban a mil en la rocola. En una mesa, algunos obreros consumían cerveza desde temprano; trabajaban en la reconstrucción de la estación del tren y gastaban los primeros centavos de la quincena que acabarían de derrochar en brazos desconocidos horas después.

Entre ellos, uno grandote tomó la palabra, en respuesta a una anécdota referida por su compadre sobre peripecias en el Amazonas y habló de un lugar cercano:

—Conocí el Hotel Francés un mediodía de sábado con mis apremios de dinero y mi saco de herramientas al hombro. Apoyado por empleados a mi cargo ejecutaría la renovación del sitio, que conservaba en su fachada vestigios de mejores días.

Por su prestigio y ambiente fue paso obligado de los pasajeros del tren que se veían sorprendidos por la noche de la capital en la Estación de la Sabana pero, tras la muerte de Emos Preud'homme y varias administraciones sin fortuna, compartía el aspecto de ruina de las callejuelas aledañas a la agonizante terminal, por donde deambulaban mujeres fáciles y rufianes de toda índole que convirtieron los cuartos del albergue en escenario de contiendas de sangre y encuentros de sexo las veinticuatro horas.

La ciudad cambió con el tiempo: barrios que en alguna época brillaron con la presencia de familias de estirpe, se debatían ahora entre la desidia e inseguridad, y plazuelas que a mitad

del siglo pasado habían sido orgullo de Bogotá, ahora se ahogaban bajo el peso de las casetas de lata y madera de los mercados piratas.

Pronto entablé amistad con Efraín, hijo de Alcides Beltrán, propietario del hotel por aquellos días. Nos transmitimos mutua confianza por nuestra edad y talante similares, y bajo su guía establecí en mi cabeza un riguroso mapa de los recovecos de la edificación.

—¿De verdad tienes experiencia? —dudó el día de mi llegada mientras caminábamos por el corredor en penumbra a pesar de la hora. Muchas lámparas carecían de bombillas y en las paredes asomaban sucesivas capas de pintura bajo las rasgaduras del papel tapiz.

—Llevo varios años trabajando en decoración —lo tranquilicé—, comencé en este oficio casi de niño.

—La mampostería, las paredes y los techos los arreglarán tus empleados, me imagino; tú encárgate de los muebles y la carpintería, que me dicen que eres excelente ebanista.

Intenté mostrar algo de inconformidad con el negocio pero no pareció importarle. Abrió la puerta de una de las habitaciones, que cedió con un chirriar de bisagras como si le doliera, y liberó un vaho de humedad y de meses. La ropa de cama estaba revuelta y reclamaba lavandería a gritos.

—Como podrás ver, los cuartos requieren mucho trabajo y plata.

—Nos tomará más tiempo del que creía —respondí con la mirada en una pareja que abandonaba la siguiente habitación. Aunque bañados y satisfechos no parecían felices saciado ya el instinto. Igual que el felino, después de cenar olvida que ha matado.

El resto de la primera tarde diseñé el plan de trabajo. Efraín me enteró del estado del hotel en minutos y me convirtió en cómplice de los observatorios que tenía instalados en casi todo el edificio, desde donde podía atisbarse toda la actividad que se desarrollaba en las habitaciones sin que sus ocupantes lo supieran: minúsculos orificios tras espejos o cuadros, rendijas en las puertas o huecos en los techos, cualquier intersticio era aprovechado por el bandido para husmear la intimidad de sus huéspedes. Me obligó a jurar que respetaría el secreto so pena de despedirme en el acto y, a manera de bienvenida, me invitó a tomar algo. Al bajar las escaleras percibí los acordes de una melodía y lo miré con curiosidad:

—Es el de la 305 —me dijo sin más explicaciones.

Salimos a la calle, pues en el hotel no había cerveza, y terminó de darme las instrucciones que creía indispensables para el desempeño de mi tarea. Se mostró conforme cuando le aclaré que trabajaría por las tardes, debido a mis estudios, pero que mi gente estaría allí todo el día; a cambio me pidió que fuese los fines de semana. Acepté sus exigencias pero él aceptó mis precios y comencé mi labor en el Hotel Francés.

Como el viejo Alcides se negó a cerrar por no perder plata, debimos acostumbrarnos a trabajar con la presencia contigua de viajeros escoltados por amiguitas del sector, algunas de las cuales me guiñaban el ojo y llegaron a hacerme su confidente y depositario de los centavos que cobraban a sus clientes, puesto que correrían peligro en la calle con éstos en el bolsillo.

Era usual escuchar gemidos o ruidos de alcoba que me alertaban y, procurando no llamar la atención de mis empleados, buscaba el agujero mejor ubicado para observar los menesteres de amor que sucederían.



Increíbles cabriolas, orgasmos de mujer que se me antojaban fingidos, declaraciones de amor eterno dictadas por el licor, pieles de diverso color y textura, miembros recorridos por la pasión en toda su longitud, encendidas discusiones sobre tarifa y límites de la sesión, escenas que porfiaban entre lo sublime y las aberraciones me era dado asistir con un sentimiento confuso de fascinación y asco que me atraía y producía miedo a la vez. Detenerme a contemplar las expresiones de todos los rostros durante el clímax del sexo, atrapar en mi memoria los alcances del placer que se desplazaba por la tez de los contrincantes eran la ocupación de mis pupilas.

A fuerza de voluntad busqué ignorarlos y decidí concentrar mis esfuerzos en finalizar el contrato y largarme de allí cuanto antes mejor.

—Maldito seas por enseñarme los miradores que fabricaste.

—No negarás que te diviertes montones con ellos —rió con picardía Efraín y me arrojó la mitad de una naranja.

—Cuando acabe tendrás que buscar otro pasatiempo porque no quedará ni uno bueno —le advertí.

—Con el tiempo te aburres y terminas por usarlos en ocasiones muy especiales —explicó, otorgándose la autoridad de la experiencia—; sobra decirte que los conozco desde que era niño y ya me harté. Te voy a contar algo más: no creas que yo los hice; los hizo mi tío Gregorio, que se masturbó hasta el día que lo mató un infarto.

En las siguientes semanas avancé de prisa en la demolición de los techos viejos, carcomidos por la polilla y los años, y me fatigué en la instalación de cielorrasos ventilados y modernos.

Oprimida por los martillazos, un miércoles lluvioso volví a escuchar la música de la primera tarde; en clave de nostalgia me llegaron jirones de su compás, cruzó las paredes, invadió el corredor y se detuvo junto a nosotros.

Noté cierto efecto de bálsamo que ejercía en todos mis empleados; por instantes dejábamos de trabajar y escuchábamos atentos. Era una guitarra solitaria; aunque las notas de su pena se entrelazaban con los goterones del aguacero y subían los muros, huellas de una alegría secreta asomaban la nariz en su melodía tras un intervalo de notas amargas y crecía en rápido ritmo para esconderse de nuevo en los lentos acordes del final.

Aguzaba el oído, cerraba los párpados e imaginaba la intimidad del roce de dedos y cuerdas. Resonaba el eco y nos arropaba con la cercanía de su dolor dulce; evocaba sonido de bosques con su sonrisa invisible, traía en sí retazos de agonía, de recuerdos y de bruma.

Oímos por un rato. Luego, la continuación del trabajo socavó la tonada. La risa grosera y las palabrotas de una de las putas que se burlaba de Efraín por recriminarle el retraso en el pago del alquiler terminaron de sustraerme del encanto.

El frío de la noche aceleró la partida de mis muchachos y no dudé en aprovechar su ausencia. Subí al tercer piso; sin ruido me acerqué adonde sabía que estaba el agujero y atisbé. El ocupante de la 305 era una persona de edad incierta. Más parecía golpeado por la vida que viejo en realidad: la barba entrecana contrastaba con los rizos castaños de su cabello en rebeldía; algunas arrugas ya le cruzaban la expresión sin sosiego y los anteojos de montura metálica ensombrecían más su mirada. En un cenicero repleto humeaba un cigarro. Limpiaba y afinaba la guitarra con esmero; sin embargo, el estado de sus cosas denotaba que la empleada del aseo no pasaba por allí muy seguido.

De repente el hombre volteó, pareció descubrirme tras la pared y avanzó en mi dirección. Sentí pánico por unos segundos. Pasé el susto; de una mesita, justo delante de mi hueco, agarró una botella y apuró un trago; tosió, escupió en el piso y regresó a su instrumento.

Ahí, por el orificio vi el origen de aquella música. Sus uñas amarillentas y largas rasgaron las cuerdas y me mostraron la maestría de su ejecución. Escuché un buen rato y decidí preguntar sobre él a Efraín en cuanto pudiera.

Tardes después llegué antes de lo habitual y observé a mi amigo recibir un paquete del restaurante del frente que él mismo subió al tercer piso. Sin mediar saludo, le interrogué en las escaleras:

—¿Quién es el tipo de la 305?

—Vino aquí hace como ocho meses; sale muy poco y no permite que nadie entre a su habitación. Sólo tú y yo hemos visto el interior desde que está ahí encerrado.

—¿Y quién te dijo que yo lo vi? —dije sonrojado, pero tratando de defenderme.

—Después de oírlo tocar seguro subiste a espiarlo —respondió.

—Es una melodía exquisita, aunque extraña —me descubrí—; domina la guitarra a la perfección. ¿Sabes a qué se dedica?

—La verdad no me importa mucho. Debe ser uno de esos músicos chifladitos que andan por ahí...

—Pero de algo debe vivir —recalqué—. ¿Quién paga sus cuentas?

—Papá dice que cancela puntual todos los meses —replicó con tono de confidencia—. Deja la preguntadera y vete

a trabajar que esta noche traigo algo entre manos y quiero que me acompañes.

Caminé por el pasillo sucio de escombros y madera vieja. Mis andanzas con Efraín por lo general terminaban de madrugada. Pero no tenía ganas de trabajar ni de parrandas y deseaba saber del hombre aquel. Volví al tercer piso, miré en ambas direcciones del corredor antes de situarme frente a la mirilla y observar.

Ahí estaba, con un vaso de aguardiente en la mano trémula; admirable que fuese la misma que empuñaba la guitarra de manera tan virtuosa. Bebía sin tregua, pero esta vez no tocaba y el silencio andaba suelto por los pasillos del hotel, interrumpido en ocasiones por las carcajadas de las mujeres del primer piso, que descansaban su juerga sumidas en el sopor de la tarde.

Oí pasos en la escalera y simulé tomar medidas del corredor con mi metro. Era el viejo Alcides, quien no más verme alegró la cara y me encargó revisar el pasamano.

—¿De dónde saca trago el tipo ese? —le indagué mientras bajábamos. Por su expresión deduje que le extrañaba que estuviera enterado de ello pero me contestó, aunque hosco:

—Todos los días le suben una botella, a veces dos, y muchos cigarros...

—¿Y quién paga todo eso? —pregunté sin disimular mi alarma.

—Llega un chequecito cada mes —replicó mirándome con sus ojos de sapo—. A trabajar mijito, a trabajar.

—Ese hombre es un alcohólico —dije tratando de argumentar algo coherente para mitigar mi sorpresa— y se está envenenando con su ayuda.

—Todos nos moriremos de algo —su cara ahora estaba sombría—. Éste es un hotel y debemos permitir a nuestros hués-

pedes hacer lo que les dé la gana mientras paguen por ello. A trabajar.

Su espalda ancha sofocó la luz del pasillo. Regresé a la 305 con decisión. Llamé a la puerta y durante segundos que oí transcurrir me respondió el silencio. Por fin, pasos cansados, y de súbito unos ojos tristes sin los anteojos me ablandaron:

—He pedido el favor de no ser molestado bajo ningún pretexto.

Su voz brotaba de la caverna de su garganta y se notaban las notas gruesas y entorpecidas por la bebida; soporté un instante su aliento y la aureola de alquitrán que despedían él y su cuarto. Me armé de motivos y mentí a medias:

—Soy nuevo aquí, todavía no tengo claro cómo funcionan las cosas. Lamento interrumpirlo pero debo verificar el estado de esta habitación.

Dije esto y dirigí la mirada al vaso que temblaba en su diestra. Pareció abatido y retrocedió. Pese a su estado, aún conservaba la capacidad de avergonzarse. Aunque el pequeño avance me envalentonó, por la cadena de la autoridad vacilé:

—Si prefiere puedo volver luego...

Me enfrenté a sus ojos grises, anegados de soledad y abandono de sí. Los labios estragados por el licor callaron y el cigarro cercó de humo el marco de la puerta. Para reforzar mis excusas continué:

—Verá usted, estoy reparando la decoración y el único lugar que falta es éste. Quisiera saber si estaría dispuesto a mudarse a otra habitación. Varias con vista a la calle ya fueron renovadas, estará cómodo y yo podré largarme pronto de aquí.

Dibujó círculos con el cigarrillo y señaló las paredes:

—Aquí no hay mucho que arreglar. Pediré al señor Beltrán dejarla así para mí.

—El cielorraso está a punto de desprenderse y creo que el agua ya filtró las tejas —señalé mientras cruzaba la puerta—. De todos modos respetaremos su privacidad.

Fumó de pie en medio del desorden. Como si nadie lo viera, se acercó a la mesita y de una botella sirvió dos vasos y me ofreció uno. Tras una duda fugaz, lo rechacé con la mayor amabilidad que pude:

—Gracias, don Alcides se enojaría si me encuentra tomando con un huésped; pero siga, siga, por favor, que yo lo acompaño...

—Compañía, compañía —musitó—, ya ni me acuerdo de qué color es.

—Volveré si desea. Toca usted muy bien la guitarra y quisiera que me dejara escucharlo; con eso aprovecho para acompañarlo de vez en cuando.

Suspiró y se sentó en el borde de la cama, dejó el cigarro encima del montón de colillas que ya rebosaba el cenicero y se rascó la cabeza; como un castigo irrenunciable se empujó el trago de un golpe:

—Vuelva, vuelva cuando lo desee.

Salí sin despedirme, bajé al segundo piso y traté de concentrar mi habilidad en una puerta sin bisagras. Me prometí ayudarle.

Los días posteriores el viejo Alcides me ocupó todo el tiempo y no pude subir; cuando por fin dispuse de tiempo, me desanimé al encontrarlo inconsciente de la borrachera. Lo observé por el agujero: permanecía en la cama en posición fetal; de su boca escurría saliva espesa que mojaba las sábanas, y su rostro y sus manos estaban lívidos. No sabía qué hacer. Aquel hombre podría morir y nadie se enteraría de nada. Los gritos de Al-

cides me sobresaltaron y bajé. El trabajo me sustrajo hasta el fin del día.

En casa no dormí y a la mañana siguiente no fui a clase; entré al Francés sin dejarme ver y subí directo a la 305. Miré por el agujero y allí estaba sentado con la cara demacrada entre las manos. Sollozaba. Tapé el orificio con el papel de colgadura que lo disimulaba y me detuve frente a la puerta. Resuelto a salvarlo toqué dos veces con firmeza. Tras unos segundos percibí sus pasos vacilantes. Abrió. Con los ojos casi afuera de las cuencas intentó balbucear un déjeme en paz pero se precipitó de bruces hacia mí. Tuve que emplear toda mi fuerza para sostenerlo y llevarlo a rastras a la cama. Lo dejé ahí y salí al restaurante; para mi desazón, el viejo Alcides me vio regresar con una taza de caldo humeante.

—¿Qué haces aquí a esta hora?, ¿no deberías estar en clase? —me interrogó—. ¿Y a dónde vas con eso, ah?

Subí las escaleras a grandes zancadas; Alcides, que me seguía resoplando, gritó:

—Te estás metiendo en vainas que no te incumben. Sal ya de ahí y déjalo tranquilo.

Lo detuve con la mirada y me senté al lado del hombre. A lentas cucharadas lo obligué a tomar el caldo. Sus pupilas turbias no reaccionaban ni su cuerpo diezmado recuperaba temperatura; lo tapé con las mantas y decidí que lo mejor sería darle tiempo de mejorar. Entre tanto necesitaba amainar la furia del viejo Alcides que destilaba carmín en el vano de la puerta.

—Aproveché que no hubo clase y vine temprano porque quiero adelantar la carpintería —le expliqué—, pero al subir me encontré esta ruina de tipo con la puerta abierta y en tan mal estado.

—Espero no tener que repetirte que debemos dejar a nuestros huéspedes hacer lo que les plazca mientras paguen bien...

—Pero este hombre se está matando en sus narices —repliqué casi a gritos— y nadie hace nada. ¿Es que no tiene familia ni nadie que lo quiera, ah? En vez de darle licor deberíamos alimentarlo y sacarlo de ese hueco sin fondo.

—Ése ya no tiene arreglo. Muchacho, haz tu oficio y déjame hacer el mío —sentenció el viejo con desaliento y agregó como por acallar su conciencia—: Además se le suben los tres golpes todos los días; es asunto de él que prefiera el aguardiente a un filete.

El recuerdo de la vieja del aseo tragándose a hurtadillas una bandeja paisa me obligó a inclinar mis armas.

El resto de la mañana simulé trabajar y aproveché el ajetreo de la llegada de mis compañeros para escabullirme a la 305. Lo hallé despierto y, no obstante el ligero temblor que agitaba sus extremidades, parecía aliviado.

—Me alegra que esté mejor —dije por animarlo—. Debería intentar algo por usted. Duele verlo hacerse daño de esta manera.

Los ojos se le anegaron, trató de balbucear pero los cansados pulmones se lo impidieron; aceptó sopa caliente y un poco de comida sólida. Al terminar le ordené dormir, arrojé a la basura las botellas que encontré en la habitación y le prometí regresar.

Contemplaba los nubarrones dibujados en la ventana y estaba sobrio y de buen humor cuando llamé de nuevo a la puerta. En su sonrisa robada a la fatiga noté agrado por mi presencia y hablamos con soltura.



Observé en la mesa nueva provisión de licor y revistas viejas y recortes amarillentos de periódicos, que leí mientras conversábamos. Eran noticias sobre un accidente ferroviario ocurrido años atrás. El famoso incendio de la Mikado Henschel 81, insignia noche y plata del Ferrocarril de Antioquia, en un viaje nocturno entre Medellín y Puerto Berrío arrastrando veinticinco vagones cargados de algodón. En ese accidente, mencionado en varios libros de historia y ocurrido en el túnel de La Quebra, habían muerto los cuatro maquinistas y se suponía que había sido causado por la explosión de la caldera principal.

Destapó una botella y apuró un trago. Le censuré con energía esa forma de suicidio gradual que había elegido, pero sordo a mis reproches reunió aire con las fuerzas que restaban a su golpeada maquinaria y como una explicación para sí mismo, como una confesión atragantada por siglos, relató:

—Trabajé veintitrés años con los Ferrocarriles Nacionales. Mi hoja de vida fue intachable y a la fecha del accidente que reseñan esos recortes —señaló con el índice tembloroso— yo conducía la línea de carga de la primera división de los ferrocarriles antioqueños. Esa noche la neblina y el frío golpeaban de frente, por lo cual me quedó más difícil rechazar el trago de la buena suerte que siempre nos brindaban en la estación y, luego, eludir el demasiado aguardiente de las primeras millas. Puedo jurar ahora que recuerdo el paso de Porcecito pero la subida hacia Santiago y La Quebra se me perdió en las tinieblas de la borrachera. Por mano de la Providencia caí de la carlinga unos cientos de metros antes de la boca del túnel, con el incendio ya declarado no sé por qué causa, pero mis compañeros que dormían la rasca en algún vagón no sintieron llegar la muerte. Despertaron cuando nada podía salvarlos y sus alaridos retumban todas

las noches en mis oídos —se detuvo un momento para sorber otro trago— y sólo logro acallarlos con alcohol.

«Escapé y llegué caminando a Cisneros, ya de mañana. Semanas después mandé telegrama a mi familia que me daba por muerto. Temía ser hallado culpable por negligencia, por borracho o algo así. Aunque no encontraron mi cadáver entre las cenizas de la locomotora, han cancelado la pensión todos los meses hasta hoy e incluso mis hermanos me ofrecieron funerales, compraron lápida en algún cementerio y todavía pagan misas por mi eterno descanso. Todos estos años he vivido clandestino en compañía de mis miedos y, como ya estoy muerto, no soy capaz de matarme. Por eso anestesio mi alma a diario con este veneno».

El licor enronqueció la voz del hombre y fue minando su lucidez: comenzó a divagar y yo me pregunté si quedaría algo por hacer allí. Sin adiós salí al corredor al tiempo que el hombre empuñaba la guitarra. En la escalera me alcanzaron las notas de la tonada que ya reposaba, grabada a fuego, en mi memoria.

No volví al tercer piso, y como quedaba poco que hacer en el Francés, me marché de una; meses después recibí llamada de Efraín:

—Rafael, puedes venir por tu saldo y a terminar la 305 que ya está desocupada.

La plata y la 305 me estarán esperando todavía.

\*\*\*

En la mesa las botellas y las miradas vacías observaban al hombre; el dueño del bar y la rocola habían callado por escucharlo. Las parejas salían al abrigo de la madrugada y se encontraban con los primeros rayos del sol frío de los Andes. Muchas terminarían la farra en el Nuevo Francés; en la 305, quizás.

El grandote empezó a silbar.







ANDRÉS VÁSQUEZ  
(RENATA Medellín)

Nació en Medellín en 1977. Es psicólogo de la Universidad de San Buenaventura.

## De edificios y otras desgracias

De una pared de la biblioteca pende la acción No. 030 del Banco Dugand de Barranquilla. Las tintas verde y marrón dibujan a don Francisco Víctor Dugand, presidente, y a don José Víctor Dugand, gerente. Padre e hijo posan para sus clientes —el viejo, en un perfil de tres cuartos que le da un aire de sabiduría, y el joven, de frente, con una actitud de determinación—, seguros como dos actores y elegantes como dos caballeros. Entre los dos retratos se dibuja un mar tranquilo cuyo horizonte se adhiere a la cola del sol y alarga las horas maravillosas del amanecer. En este sol puede leerse: «23 de abril, 1872, Riohacha». A esta deliciosa imagen la soporta una frase: «Capital de quinientos mil dólares».

A mi familia han llegado tres rumores posibles sobre el destino del edificio: que existe, que lo tumbaron o que lo piensan restaurar. Yo me lo imagino estilo neoclásico, de tres o cuatro plantas y portando orgulloso su nombre en letras verdín —cobre arropado con óxido en ambientes costeros—, mientras dormita arrullado por el mar y la frescura de la tarde. Veo un cristal tallado con alguna deidad grecorromana: puede ser Hermes, dios de los comerciantes —y de los ladrones— que alumbrá tímida-mente el salón.

De pronto la luz aumenta —seguramente el sol se ha desprendido del horizonte arreado por sus corceles— y reconozco las figuras del suelo: baldosas blancas y negras que juegan a bloquearse el paso entre sí con laberintos sencillos. Los casqui-

llos de las lámparas inflan bombillos como bombas de chicle y luego los encienden. Suena un leve taconeo: es una hilera de zapatos charolados que marcan un ritmo de impaciencia sincopada. Luego se escucha un golpe seco, o mejor, dos golpes secos y uno leve; aparece un sello de linóleo que picotea sobre el escritorio: original, copia, almohadilla; original, copia, almohadilla.

El sol se desboca y la luz del cristal deslumbra. Los zapatos en fila proyectan espectros que se materializan en personas atareadas; aparece un cajero de manguitos de terciopelo verde que empuña fuertemente el sello para no dejarlo escapar. Todos están ocupados, sin tiempo para pensar en la infelicidad —ni en la propia ni en la ajena— y parecen hormigas de una colonia próspera.

Ahora es tarde —1929, la Gran Depresión— y el cristal divino se rinde ante la oscuridad, una oscuridad que desorientó a los corceles e inundó muchas ciudades y corazones. Veo con dificultad la acción 030. Las tintas verde y marrón dibujan a don Francisco Víctor Dugand, presidente, y a don José Víctor Dugand, gerente. Padre e hijo posan para sus clientes —el viejo, en un perfil de tres cuartos que lo hace ver derrotado, y el joven, de frente, encarando la humillación—, asustados como dos espectadores pero erguidos como dos caballeros. Entre los dos retratos se dibuja un mar turbulento cuyo horizonte se resiste a recibir el sol y alarga así la agonía de quien espera la noche con terror.









GIOVANNA VINASCO CABRERA  
(RENATA Cali)

Nací en Santiago de Cali, en 1985. A los quince años asistí a los talleres Viva Lo Breve. En 2001 se publica un libro con los mejores cuentos de ese encuentro y soy elegida junto a otros jóvenes. Desde entonces, la complicidad de muchas personas permite que nazca mi primer libro: *Eclosión sentimental*. En el año 2002 participo en el I Encuentro de Poesía de la Ciudad de Cali Isaías Gamboa, donde no quedo entre los tres primeros puestos pero, por unanimidad del jurado calificador, escogen mis escritos para las memorias de dicho encuentro. Al año siguiente, trabajo en una revista mexicana en formato electrónico donde escribo sobre temas científicos-sociales. Entre los años 2004 y 2005 escribo otra serie de poemas con los que participo en recitales con la Fundación El Escribano. Pertenezco en la actualidad a la mejor revista universitaria del país, *El Clavo*, y realizo como práctica profesional talleres literarios en la Universidad del Valle con los estudiantes.

## Con canción incluida

*A Julián García*

Ya es mediodía con catorce minutos. El sol se filtra con fuerza por la ventana y las sábanas arrugadas me repulsan.

Quiero seguir acostado sin sueño, pretender que el ritmo del mundo no me importa, sin prestar demasiada atención a lo que sucede afuera.

Escucho mi teléfono celular repicar muchas veces. Me levanto con rabia para contestar y me tropiezo con unos zapatos, ¡mierda!

—¿Aló?

—Hola, ¿cómo estás? —me saluda una voz familiar al otro lado.

Fijo una cita. Bueno, en realidad es ella quien me propone un lugar y hora de encuentro; yo sólo acepto conforme. Ahora debo irme a bañar y cambiarme de ropa.

En la ducha me quedo bajo el chorro de agua frío. Una sensación de alivio me reconforta y (apertura de clarinete y chirimía) «una gota de agua, una noche, una luna nueva me hace recordar, siendo tú la mujer más divina, fantasía que Dios un día hizo realidad... Con tanto sentimiento acumulado y con el corazón aquí guardao... yo te tuve que vení a cantá»<sup>1</sup>.

Pienso en ella...

Me miro el cuerpo reflejado en el espejo al lado del lavamanos; se hace evidente mi necesidad de abdominales, pero

---

<sup>1</sup> Canción «Te vengo a cantar», grupo Bahía (Colombia).

creo que no me veo del todo mal. Sonríó porque sí. El ritual de vestirme finaliza. Debo irme.

Atravieso una calle llena de escombros y una más contaminada visualmente por negocios y gente alborotada que grita ofreciendo cosas. Estoy a dos cuadras del lugar de encuentro. Me siento y espero. Pasa media hora, ya me quiero ir.

Sin que lo note, llega del otro lado de la acera envuelta en tranquilidad y sonrisas. Como otras veces, me pellizca una mejilla y me besa en la boca. Su perfume fresco me invade.

No me demoro en reclamar por su tardanza para después elogiar su belleza. La tomo de la mano y la llevo como si pudiera flotar.

Su voz se apodera de mis sentidos: la huelo, la escucho, la puedo tocar en sus matices, la veo moverse coqueta y meterse por mis pantalones. Puedo ver por entre su escote tímido el asomo de sus pequeños pechos redondos que me provoca apretarlos suave entre las manos.

Llegamos a un lugar que a ella le gusta por la música alegre y la brisa puntual.

Una ronda de cervezas me enciende la imaginación. Está desnuda en mi mente mientras me pide que la bese y la descubra tranquilo.

Sentados en la mesa, reímos y seguimos tomando.

De pronto me descubro soñando que acaricio su espalda, sus piernas me atrapan y soy su víctima. Sus labios se vuelven viajeros de mi piel, que besan y succionan. Me retuerzo sin remedio como quien empieza a morir; sus ojos me miran satisfechos. Ha logrado su cometido.

Me abalanzo sobre su cuerpo bañado en sudor y con mi lengua recorro las líneas transparentes dibujadas. No habla, pa-

rece musitar apenas un quejido y se arquea sobre sí arañándose la espalda. La penetro mientras sujeto sus piernas por encima de mis hombros. Ríe a carcajadas. Un escalofrío recorre mi entrepierna y caigo rendido sobre su abdomen caliente.

—¿Otra ronda de cerveza?

—Bueno...

Se hace tarde y ella debe irse. Sus piernas cruzadas por debajo de la falda me hacen querer perderme ahora por la breve comisura que me impide ver más.





Este libro se terminó de imprimir  
en los talleres gráficos de Editorial Nomos S. A.,  
en el mes de enero de 2008,  
Bogotá, Colombia.